

ITY

SLR

NEZ

N

G.

WINDST



Biblioteca Universitaria
GRANADA

Sala

Estante

Tabla

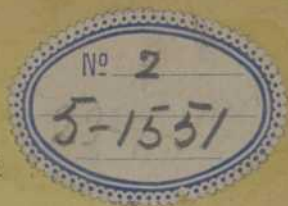
Número

B

23

130





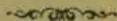
BALTASAR

MARTÍNEZ DÚRAN

SU VIDA Y SUS OBRAS

POR

S. FOSSATI Y RODRÍGUEZ



GRANADA:

Imp. de A. Alonso, Naranjos, 2

1895



13.995

BALTASAR

MARTÍN DURÁN

SU VIDA Y SUS OBRAS

POR

SALVADOR FOSSATI



Donado á la Biblioteca Universitaria
de GRANADA por
Franc^{co} L. Hidalgo Rodriguez

GRANADA
Imprenta de A. ALONSO.
1894.

4670

NOTAS BIOGRÁFICAS

«Cada gran poeta—dice Castelar--lleva en su alma un dolor infinito, una tempestad, y ese dolor, esa tempestad es su genio, qué se siente aprisionado y triste en la estrechez de la tierra. Desde el principio de los tiempos la poesía ha sido un gran sollozo. ¡Ay! sí, ese l clamor del alma desterrada que quiere volver al cielo».

¿Cómo conocer esa profunda tempestad que es el genio del poeta? En sus obras está la amargura de su vida, sus luchas y sus pasiones, siendo necesario para identificarse con el escritor, no solamente conocer sus obras sino también

su vida; hé aquí el motivo de estas notas biográficas, hoy cuando el Ayuntamiento de Granada haciendo justicia al mérito y en testimonio de admiración hacía uno de los más esclarecidos hijos de esta ciudad, manda colocar una lápida en la casa en que nació Martínez Dúran, en conmemoración de su imperecedora memoria.

Baltasar Martínez Dúran nació el 15 de Setiembre de 1847 en la casa calle Cuarto Real de Santo Domingo núm. 17, siendo bautizado la noche del 17 del mismo mes y año en la iglesia parroquial de Nuestra Señora de las Angustias, como consta al folio 202 vuelto del libro 33 de bautismos de aquel archivo parroquial.

Pocos años después la familia de Martínez Dúran, una de las más distinguidas y aristocráticas de Antequera, volvía á establecerse en esa hermosa ciudad que guardaba los restos de sus antepasados; allí nuestro biografiado, recibió los primeros rudimentos de la enseñanza y se desarrolló su imaginación soñadora en-

tre aquellas históricas ruinas, tumbas de generaciones pasadas que dando pábulo á las tradiciones, influyen poderosamente en la inspiración poética.

En el prólogo del libro publicado en Madrid, en 1882 con el título de «Poesías», el mismo Baltasar nos relata dos hechos de su juventud que determinaron ciertas de sus aficiones.

Dice así:

«Criábame yo en una casa contigua (calle de Cantareros número 27) al suprimido convento de Frailes de Ntra. Señora de los Remedios que fué de la Orden Tercera, cuyos patios interiores lindaban con un pequeño corral, comunicado á la sazón, y que había servido de osario al mencionado convento. Un año por la feria, única época ruidosa de la ciudad, (se está refiriendo á Antequera) no habiendo milicianos ni voluntarios, compróme mi familia un tambor que yo tocaba incesantemente con tanto entusiasmo como si hubiera pertenecido á un batallón de realistas. Cansada mi madre de aquel redoble conti-

nuado, me quitó los palillos, mandando á un criado que los hiciera astillas y los arrojara á la calle. No me arredré por eso. Salté la tapia del corral inmediato y salí provisto de otros descomunales. Mi madre irritada al oirme de nuevo, con un brusco movimiento de cólera me arrancó de las manos los extraños palillos; pero ¡oh sorpresa! en aquel mismo instante los arrojó de sí, estremeciéndose de terror y mirándome con espanto. ¡Eran unas canillas de muerto!

»Muchos años después; vestido de dril, como un habanero, paseábame una tarde de verano por las afueras de la población, cuando de repente descargó un aguacero que amenazaba dejarme mal parado, teniendo en cuanta las condiciones de mi traje. No había por aquellas inmediaciones otro sitio en que pudiera guarecerme que un antiguo cementerio, ya abandonado, cuya desvencijada puerta me ofrecía fácil entrada. Llamábasele el osario, y era un pequeño recinto cubierto de yerba y rodeado de cuatro tapias carcomidas; pero en un ángulo tenía

una estrecha bóveda; accesible por un lado, de bastante profundida, pero rellena casi toda con los restos trasladados allí de los enterramientos de algunas iglesias. Yo no vacilé en penetrar en ella, y sentado sobre centenares de esqueletos tuve que esperar que pasara la tormenta. ¡Estraño espectáculo! Desde mi asilo, al que de cuando en cuando daban más siniestro aspecto los relámpagos, divisaba la cresta de los vecinos montes, medio envuelta en negro capuchón de nubes, y oía el estruendo de las máquinas de algunas fábricas lejanas, mezclándose un momento al fragor de los truenos que retumbaban sobre mi cabeza. Más de dos horas permanecí allí, y confieso que las ideas más extravagantes pasaron y cruzaron durante ese tiempo por mi mente, buscando un sitio donde esconderse en las oscuras concavidades de mi cerebro. Aquel servicio prestado por los esqueletos me dejaba obligado á ellos, al mismo tiempo que me permitía ya tratarlos con cierta especie de familiaridad; aunque no tanto, segu-

ramente, como la que emplean los sacristanes en su trato diario con las venerandas imágenes de nuestros templos.»

En Antequera la poesía tenía formado escuela, escritores de gran valía se citan en las historias de aquella ciudad, firmadas por las autorizadas plumas de José de Pellicer, Alonso García de Yegros, R. P. Maestro Francisco Cabrera, Pedro de Espinosa, Rodrigo Carvajal y Robles, R. P. Pedro Zapata, Manuel Solano, Cristóbal Fernández, Fray Sebastián Sánchez, Trinidad de Rojas, etc., los nombres de los célebres poetas Jerónimo de Porras, José Moreno Burgos, Cristobalina Fernández de Alarcón, Juan María Capitán (cuyas inspiradas poesías se engendraron al pié de aquellos murallones, testigos un día de la grandeza y valor de nuestra patria) atestiguan el genio poético de los moradores de la histórica Antequera.

Temperamento afecto al cultivo de las musas, inteligencia privilegiada el joven Baltasar Martínez Dúran, compuso á la edad de doce años, su hermoso soneto «A la Cueva de Menga», que llamó la

atención y produjo la admiración que merecía la más difícil de nuestras combinaciones métricas. Su genio se reveló en aquel primer ensayo, con delicados pensamientos, extraordinaria inspiración, formas correctas, dejando vislumbrar el arranque impetuoso de su fantasía y un porvenir de gloria.

La Sociedad denominada «La Tertulia Literaria de Antequera», recibió con entusiasmo al nuevo poeta de tantas esperanzas. En ella uno de los ingeniosos socios, improvisando las semblanzas de los poetas Rotondo, Mondejar y Mendoza, Trapaga, Olavarria, Escamilla, Llofriu y Guzmán, decía respecto á Baltasar:

«Joven, alegre á pesar
De su desgraciada suerte;
Es un genio que se vierte,
Va sin poderse parár»...

«El Eco de Antequera», periódico bimensual, dedicado á la literatura, ciencias, industrias y artes, que se publicaba en dicha ciudad á principio del año 1864, daba preferencia á la inserción de los trabajos de Martínez Duran, porque



su talento natural, su inspiración le abrían paso en todas partes donde se rendía culto á las letras.

Un poeta, cuyo nombre por vez primera he leído en un manuscrito, (me refiero á Pedro Martínez Rivera), le dedicó en 20 de Marzo de 1864 una poesía de las que cito los siguientes versos porque hacen conocer algún rasgo de su carácter:

«El temple de la coraza
que cubre tu corazón,
lo forjó tu educación
esmerada, y no lo pasa
de la envidia el vil borrón».

Por los meses de Junio y Julio del mismo año fué nombrado secretario de dicha Sociedad literaria, de la que era entonces presidente D. José Trinidad Carrasco y Castilla; poco después, con fecha 21 de Setiembre del 64, fué designado meritorio de la Ordenación General de pagos, cuyo oficio firmado por el ordenador general D. Mariano L. Villamil, tengo á la vista.

Bajo el nombre de «El Madrileño» se

publicaba en la coronada villa, en el mismo año, un diario de literatura, ciencias y artes, del que fué redactor en jefe nuestro poeta que á la sazón se hallaba en la Corte, y en cuyas páginas ya en verso ya en prosa derrochó ese talento singular que tanta admiración causaba á sus amigos y entusiasmaba á los amantes de la literatura. ¡Pesar causa que inspiración tan maravillosa, cabeza tan admirablemente organizada, se malograra en la primavera de su vida!

Por aquella época se anunciaba para un teatro de Madrid el estreno de sus obras: «¡Una limosna por Dios!» y «Gratitud por Gratitud», las que demuestran sus multiplicados trabajos y prueban que á la edad de 17 años estaba consagrado á la literatura, sabiendo conquistar un nombre en ella.

Bajo la dirección de D. Eleuterio Llofiu y Sagrera, comenzó á publicarse en 1865, «El Album de las familias», revista semanal, de la que eran colaboradores eminentes escritores y poetas y entre ellos figuraba Baltasar M. Dúran. Como

en todas las publicaciones importantes que se hacían en Madrid en aquella época, entre las que recordaremos «El Tirabeque», «El Correo de la moda», «El Jardín», «La Violeta», etc., publicaciones que apreciando el mérito de Baltasar daban preferencia á la inserción de sus trabajos.

Al anunciarse el periódico satírico «La Tijera», la empresa, para dar incentivo á la publicación, prometía la pronta aparición de la obra titulada «La Conciencia», original de los inspirados poetas Martínez Dúran y Mondejar y Mendoza.

Durante su primera estancia en la Corte preparaba en unión de su inseparable amigo Mondejar la publicación de un libro de cantares, bajo el título de «Dudas, quejas y suspiros», precedido de un prólogo de D. Eleuterio Llofría y Sagrera, no llegando á imprimirse porque ambos amigos tuvieron que ausentarse de la Corte. En los autógrafos, aún inéditos, de Baltasar, se encuentran esas «Dudas, quejas y suspiros» y el prólogo,

cuyo manuscrito que tengo á la vista dice así:

«Si á mi buen deseo acompañara la autoridad de un nombre, llevaría este libro un antecedente favorable en sus primeras páginas y daría á sus autores la importancia literaria que merecen cuando apenas han entrado en el espinoso sendero de las letras; pero aún sin llevar al frente la recomendación de un nombre respetable en literatura, la colección de cantares por su propio mérito obtendrá del público la justa recompensa y de la crítica el lisonjero pláceme. El género literario á que corresponde el presente libro es de los más agradables para la mayor parte de los lectores, si bien lleva en sí dificultades no pequeñas en la misma facilidad en que debe aparecer la manifestación estética.

»La poesía lírica, ese trasparente raudal que refleja en sus ondas los sentimientos del alma, que ora se precipita en rápido é impetuoso torrente al impulso de las grandes pasiones; ora se desli-

za suave y encantador recreándose en ser la imagen divina de la naturaleza; ya vaga envuelto entre las borrascosas nubes de las tempestades oyendo la voz del infinito; ya suspira entre las ramas é impregna su aliento con el perfume de las flores; la poesía lírica, expresión individual en donde el poeta exhala el sentimiento que le inspiran las impresiones producidas por los objetos que le rodean y que influyen en su alma, abarca un horizonte inmenso, en donde caben desde la idea de Dios y las armonías de la religión; desde el entusiasta amor á la libertad é independencia y la ira que despiertan las injustas leyes del tirano; hasta los dulces murmullos del alma enamorada y los bulliciosos rasgos de la alegría del pueblo con sus ingeniosas agudezas.

»La poesía lírica en sus múltiples manifestaciones forma ese conjunto variado en que se presentan los grandes hechos, los sublimes cuadros de la naturaleza, las tempestades del corazón, las creencias religiosas, el amor, los celos, la du-

da, el desengaño, los ecos de la felicidad y los lamentos de la desgracia. El cantar, una de las fases de la poesía lírica, ofrece en risueño panorama cuantas significaciones tiene el sentimiento, expresadas con esa forma natural y sencilla á veces, ya delicada y tierna, ya festiva y epigramática: los cantares son la lira del pueblo, la historia de su corazón.

» Los señores Dúran y Mondéjar han unido sus nombres, para dar al público esta colección de cantares, comprendiendo que así podrían cumplir las condiciones de variedad para su libro.

» Jóvenes ambos y con toda la fé y el entusiasmo que el amor á las letras inspira, han buscado el principio de su reputación en un género de literatura que se acomoda á todas condiciones y que hiere las fibras del corazón; y han tenido el feliz pensamiento de darle por título: «Dudas, quejas y suspiros.»

» Los nombres de estos dos autores no son desconocidos. El Sr. Martínez Dúran ha conseguido el aplauso entusiasta de nuestros primeros escritores, lo que

prueba que ha dado con acierto sus primeros pasos en la república literaria, lo mismo debo decir del Sr. Mondéjar, los dos son esperanzas halagüeñas que es preciso alentar: los dos estudian con fé, las glorias del parnaso español y están llamados á un porvenir brillante.

»Los rasgos de su genio que como perlas preciosas esmaltan las páginas de este libro, son una débil muestra de lo mucho que pueden alcanzar los dos jóvenes para quienes he querido cumplir un deber de conciencia, reclamando la atención pública y haciendo fijar la de los críticos: éstos, mejor que yo, apreciarán en lo que vale cuanto se debe esperar de los inspirados autores.

»Entretando me limitaré solamente á recordar algunas de las tiernas inspiraciones contenidas en este libro que ha de proporcionar momentos de grato solaz y dulce entretenimiento á los lectores.

»Así expresa uno de los bellísimos cantarés la esencia de la poesía popular.

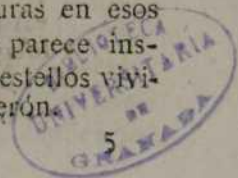
«Cuando el pueblo canta llora,
 Cuando el pueblo llora canta,
 Sus cantares son la tierra
 que florece con sus lágrimas.»

»Y es cierto, en las grandes festividades ó en los días de ventura, sus lágrimas son de entusiasmo y de alegría: la tierra se viste para él de flores, las flores del placer: en los tristes aniversarios, en la noche de su amargura, al cantar sus penas las lágrimas son de dolor, son de agonía. La belleza de ese pensamiento está en la verdad que encierra y en la forma con que se desenvuelve.

»Hé aquí ahora la intención filosófica del poeta en el siguiente cantar;

«Por un camino muy largo
 andamos á la ventura,
 al final de ese camino
 hay un hoyo, es una tumba.»

»La vida, ese camino largo que el poeta nos describe con tan profunda sencillez, con tan vaga melancolía, está reflejada con todas sus amarguras en esos cuatro versos, cuyo espíritu parece inspirado por algunos de los destellos vivificadores del inmortal Calderón.



»La ternura de un pensamiento delicado y la espontaneidad de la frase son elementos de belleza en este otro cantar:

«Sentados junto al arroyo
me juraste que me amabas
por e-o tu juramento
se lo han llevado las aguas.»

»¡Qué facilidad, qué deliciosa sencillez al encontrar la relación entre los sentimientos del alma y los objetos de la naturaleza! Ahí está la poesía.

»El presentimiento de un desengaño terrible tiene su cantar bellísimo en los versos que siguen:

«Anoche al ir á tu casa
á decirte que te quiero
equivocando el camino
fuí á parar al cementerio.»

»Tan dulce melodía revela al poeta.

»También las creencias religiosas tienen su expresión en este libro de los señores Dúran y Mendéjar:

«Aquí triunfos y placeres
y luego abajo el infierno,
aquí dolores y lágrimas
y luego allá arriba el cielo.»

»La justicia suprema en el horizonte infinito de la eternidad, es un consuelo que no podía pasar desapercibido para los jóvenes autores de los cantares.

»La pureza del amor está delineada con religiosas tintas en el que dice así:

«Siempre que rezo á la Virgen
de mi moreno me acuerdo,
porque á la Virgen y á ella
con toda el alma las quiero.»

»¿A qué continuar? Todos los sentimientos, todas las escenas del dramático cuadro de la pasión en sus distintas situaciones, encuentran un cantar en este pequeño libro, en este bellissimo ramillete, cuyo perfumado aroma llega hasta el alma en alas de la celeste poesía.

»Si hubiera de citar todas las bellezas del libro, necesario fuera trasladar una por una sus páginas y para eso el lector al examinarlas me evita semejante trabajo.

»Alguno de los cantares podrá ser trivial: alguno respirará amargo y escepticismo; pero en medio de la trivialidad hay candorosa sencillez: y el escepticismo

no es más que la historia de un modo de ser de la duda en el alma.

»Sigan los jóvenes Dúran y Mondéjar con el estudio y la perseverancia labrándose un porvenir brillante; y cuando lleguen á la cumbre de sus nobles aspiraciones, suya será la gloria y mía la honra de haber estampado al frente de su primer libro, de ese primer destello de la inspirada fantasía, el humilde nombre de

ELEUTERIO LLOFRÍU Y SAGRERA.»

En 26 de Diciembre de 1865, bajo la dirección de Martínez Dúran, comenzó á publicarse en Antequera un periódico bisemanal de intereses materiales y literatura, con el título de «El Guadalhorce», publicación que tuvo gran aceptación y numerosas suscripciones, ya por los buenos trabajos que insertaba en todos sus números, ya por su imparcial criterio en las cuestiones locales, ya por lo chispeante de su sección festiva, en la que se derrochaba el talento y la sagacidad. El día en que inauguraba sus tareas, redac-

tores y amigos celebraron la realización de su empresa en alegre convite. El ingenio estaba puesto á prueba en aquella expansión de jóvenes que apenas vislumbraban el cuarto lustro de su vida. Improvisaciones, chistes y bromas, se cruzaban entre todos.

Baltasar accediendo al deseo de una bellísima joven repentinó un soneto y entonces uno de los comensales dijo estos versos:

«Improvisa Baltasar
cuando lo manda una hermosa,
mi musa aunque perezosa
me hace al punto improvisar.

Pero tendré que callar
porque en mala situación
se encuentra mi inspiración
porque mi numen se halla
en el campo de batalla
combatiendo con el rom.»

Algunos meses después, en 29 de Marzo de 1866, dejaba de publicarse «E Guadalupe», motivando su corta vida la ausencia de casi todos los jóvenes que componían su redacción, pues se marcharon á Madrid á dar pábulo á las ilu-

siones que hervían en sus cabezas en aquellos momentos en que las luchas políticas presagiaban la revolución.

En Madrid, Baltasar, colaboró en el periódico literario titulado «La Revista Intelectual» publicación de gran prestigio por el mérito de los trabajos que insertaba, debidos á las plumas de verdaderos escritores.

«El Amigo del Pueblo», diario político que se publicaba en Málaga por los años de 1867, también lo contó en el número de sus colaboradores.

El Liceo de Málaga á propuesta del eminente publicista D. Antonio Luis Carrión nombró á Martínez Dúran, socio corresponsal, cuyo acuerdo se le comunicó por atento oficio de 6 de Abril de 1868, en el cual, el presidente de aquella sociedad literaria, que lo era D. Bernabé Dávila, le decía «suplicándole al mismo tiempo que nos favorezca con la remisión de algunas de sus inspiradas composiciones, cuya lectura contribuya al más brillante éxito de las sesiones públicas que celebra.»

«El Recreo Intelectual,» revista literaria que se publicaba en Madrid en 1868, insertó varios trabajos de nuestro querido poeta.

Reorganizada la sociedad literaria «La Tertulia» bajo el nombre de «Academia literaria de Antequera» á comienzos de de Septiembre de 1868, en la junta general fueron elegidos los inspirados poetas D. Trinidad de Rojas y D. Baltasar Martínez para los cargos de presidente y secretario respectivamente. Esta sociedad compuesta de literatos y artistas, gente de buen humor y de inspiración, derrochaban como pródigos el ingenio aún en las actos más prosaicos de la vida. El que escribe estas líneas ha visto relacionado con un banquete que tuvieron los socios en la histórica cueva de Menga, unos dibujos y unos versos graciosísimos; en aquel hermoso salón, templo de civilizaciones pasadas, la brillante imaginación y la fantasía poética de los comenzales, les representaban en toda su belleza á aquellas sacerdotizas

druidas, que en edades lejanas ejercían su ministerio en aquel altar, gigante de piedra, que inmóvil aún verá pasar generaciones tras generaciones y testigo mudo, está, como un centinela, frente á las tumbas que guardan el último sueño del pueblo antequerano.

Las conmociones políticas, se agitaban en el seno de los partidarios de las libertades españolas; la derrota de Alcolea arrancó la corona real de las sienas de Isabel II y al grito de revolución se reúnen todos los que sienten germinar en su conciencia las santas ideas de patria y libertad, de respeto y veneración á los derechos del hombre. En todos los pueblos se constituyen juntas, unas obrando directamente, según instrucción de la central y otras sometidas á las constituidas en las provincias. La junta revolucionaria de Antequera, obraba de común acuerdo con la establecida en Málaga, bajo la presidencia del conocido hombre público D. Eduardo Palanca, que contaba con varios órganos en la prensa, siendo el más autorizado el que con el título

de «El Papel Verde» dirigía al Secretario de dicha junta D. Antonio Luis Carrión.

La junta revolucionaria de Gobierno de Antequera, que estaba formada por la juventud entusiasta y presidida por el eminente político D. Francisco J. de Aguilar, reconociendo excepcionales méritos en Martínez Dúran, apesar de no reunir la edad exigida para el desempeño del cargo de Regidor de aquel ayuntamiento, acordó nombrarlo, comunicándoselo por oficio de 17 de Octubre de 1868, cargo que accediendo al deseo de sus amigos, aceptó Baltasar el 19 del mismo mes.

Formados los batallones de milicia popular, la oficialidad del primer batallón de la de Antequera, en reunión del 21 de Noviembre de 1868, eligió para su abanderado á Martínez Dúran, comunicándole con fecha 25 esta elección el Alcalde constitucional, D. Francisco P. de Aguilar, cuyo puesto, en gritud á la distinción que representaba, desempeñó nuestro biografiado.

Durante su permanencia como Regidor del ayuntamiento de Antequera, desempeñó importantes comisiones y emitió dictámenes siempre favorables al pueblo de que era un representante.

Después de largas reuniones preparatorias, para la constitución del Comité republicano democrática federal, éste quedó constituido bajo la presidencia de D. Manuel María de Aguilar y Pérez; siendo Baltasar elegido para sexto vocal designándole sus compañeros para la redacción de la siguiente proclama:

«Constituido por el sufragio universal el Comité republicano democrático federal de esta ciudad, cump'e á su deber dirigir la voz á todos los ciudadanos haciéndoles un llamamiento público para manifestarles cual será su marcha, que les ha de llevar al logro de sus fines, y conducirlos al triunfo del derecho por el camino de la libertad y la justicia.

»Ciudadanos la reacción se presenta débil; pero nuestro desacuerdo podría hacerla fuerte; es preciso indispensable,

mueho orden y mucha unión para pasar triunfantes á través de la borrasca y ondear la bandera tricolor en el capitolio de nuestras libertades: se necesitan sí, toda la virtud y toda la constancia republicanas para consumir la gigantesca obra de la revolución española; marche-
mos al templo de nuestro derecho llevando en nuestra mente por idea el orden y en nuestro corazón por sentimiento la justicia, y todos los hombres serán demócratas, porque cuando la libertad se manifiesta en toda su grandeza es republicano todo el mundo.

»El Comité, que se encuentra animado de estos deseos, velará siempre por los intereses del pueblo que constituyen la gloria del partido, para que todos los ciudadanos puedan gozar pacíficamente de sus libertades que constituyen los derechos del hombre.

»Pero á vosotros os toca, ciudadanos poner las piedras que han de servir de eterno cimiento al edificio sacrosanto de la libertad; á vosotros os toca, electores, marchar unidos y de acuerdo á deposi-

tar en las urnas el nombre de los salvadores, no solo de nuestros intereses particulares, sino de los intereses de la nación que son hoy los de la Europa entera.

»Sí, electores, nuestro porvenir no está en las Cortes, está en las urnas; las elecciones de ayuntamiento decidirán de las elecciones de diputados provinciales, que tanto han de influir las dos en la de los representantes de los pueblos en la Asamblea constituyente de la nación.

»Ciudadanos, el respeto á la ley, el amor al trabajo y la veneración al hogar constituyen la honradez que debe ser el carácter del verdadero demócrata: y nosotros os invitamos á que aglomerados en torno nuestro todos, porque para nosotros todos son hermanos, sembréis en el campo de la patria la semilla de la libertad, que ha de producir el árbol de la confederación universal á cuya sombra se han de reunir todos los pueblos para formar la gran república del mundo.»—Antequera 29 de Noviembre de 1868.

Algunos días después, con motivo de la llegada á Antequera de D. Antonio L. Carrión, á quien se hizo un entusiasta recibimiento, aplaudiéndolo con verdadero vértigo en sus discursos, pronunciados primero desde los balcones del Ayuntamiento, y después en la reunión magna celebrada en la Plaza de Toros; los oficiales de la milicia popular antequerana le ofrecieron un almuerzo en el que se dijeron elocuentes brindis; no he podido conseguir ningún periódico del día á que hago referencia en el que se detallaría aquella manifestación del partido republicano en Antequera. Solo una pequeña nota, algo confusa, tengo á la vista y en ella se citan varios versos resitados por los comensales y se dice que Baltasar improvisó brindando este cuarteto.

«La voz de la libertad en torno zumba
voy á brindar, el corazón me abona
yo pido para el déspota una tumba
y para el pueblo libre una corona.»

Las luchas de la vida política no impedían que Baltasar rindiera culto á las

musas, y prueba de esto son sus bellísimos trabajos publicados por aquel tiempo en «El Recreo Intelectual» revista literaria de Madrid.

Las ambiciones precipitan al hombre y lo llevan á la traición seduciéndolos bajo el aparato con que la astucia va sumando sectarios á cambio de promesas ilusorias que en raros casos se cumplen; el partido republicano democrático federal era minado por el llamado de la unión liberal, lo cual no pasó desapercibido á la mayoría de los adictos á la república pero era bien tarde para conjurar el mal porque las elecciones estaban próximas, y las proclamas se prodigan y bajo el oropel de la bella frase se oculta la hipocresía. Los verdaderos republicanos ya en el club ya en la plaza pública exponen su programa, los que no lo eran aseguraban su triunfo solapadamente, tan pronto aparece una hoja suelta sin fecha, ni pie de imprenta, pero sí firmada por Antonio Cámara, Antonio Granados Espinosa y otros, alardeando de pureza, porque aspiraban á los primeros puestos del Ayun-

tamiento como el ciudadano Antonio de la Cámara reparte la suya, queriendo reivindicarse ante la opinión por no haber asistido al club de los Remedios la noche del 18 de Diciembre de 1868. Quisiera transcribir aquellas en que se buscaba de juez al pueblo, no para que se decidiera por una teoría política, si no por una persona, pues exclusivamente personales eran los ataques y las propagandas que las dichas hojas hacían. El triunfo fué de ellos, constituyéndose el Ayuntamiento con D. Antonio Granados Espinosa á la cabeza y de brazo de aquella autoridad municipal, el tristemente célebre jefe de policía D. José Ruiz. Triste interregno aquel en que por cualquier motivo se detenía á una persona saltando por cima de las garantías individuales que daba la Constitución. Prueba fiel de nuestro aserto es la detención ilegal que sufrieron la noche del domingo 28 de febrero de 1869, Antonio Luis Carrión, Baltasar Martínez Dúran y Pedro Quirós de los Ríos por la sola suposición de que habían asistido á una

reunión de jóvenes republicanos celebrada aquel día, con la competente autorización de la autoridad civil, en el número del periódico «El Papel Verde» correspondiente al 5 de Marzo siguiente se detalla tan arbitraria detención, pero esto parece era sistema de aquellas autoridades municipales, así lo leemos en el diario republicano de Granada, titulado «El Hombre», en su número correspondiente al Jueves 15 de Julio de 1869, en el que se relata que D. Antonio Granados y sus secuaces disolvieron á palo limpio una reunión que se celebraba casa del jefe de los republicanos en Antequera D. Francisco Joaquín de Aguilar.

En medio de aquella confusión, cuando por los manejos políticos de la unión se desorganiza el partido republicano en Antequera, se alzan banderas de diferentes colores políticos, pero los más amantes de su patria y de la libertad van á agruparse bajo la tradicionalista que llevaba en su lema el orden. Baltasar, que sentía germinar en su coazón esas gran-

des ideas con la pureza que la juventud dá á los actos de la vida, siguió á sus amigos pasándose al partido tradicionalista y huyendo de aquella comedia que siempre los ambiciosos hacen en desprestigio del credo que proclaman.

Con el título de «La Convicción» aparece en Antequera el 2 de Mayo de 1870 un periódico político y literario, que con gran acierto dirigió Martínez Dúran; las más laudatorias frases le consagran los órganos del partido tradicionalista, cuyo credo defiende con valentía aquel adalid que con poderosos enemigos tuvo que batirse suspendiendo su publicación varios días por acuerdo de la junta, y dejando de publicarse en 10 de Noviembre del mismo año.

En «La Esperanza del Pueblo» diario granadino; «El Orden» semanario político de Ubeda, y «El Mediodía» diario político de Córdoba, que se publicaban en 1870, figuró nuestro poeta como colaborador incansable ya defendiendo su credo político, ya publicando esas her-

mosas composiciones que brotaban de su talento.

En las elecciones municipales que habían de verificarse en Diciembre de 1871 se preparaban los partidos coaligados á sostener encarnizada lucha frente al depotismo unionista que se había apoderado de todos los cargos políticos de Antequera, pero aquella autoridad municipal, con el más terrible de los atentados á la constitución y á la ley electora! se despojaba de sus adversarios políticos por medio de las coacciones, de las amenazas, y no repartía las cédulas talonarias y en las listas electorales se suprimían calles y por último se negaba el papel sellado para levantar las actas de tan injusto caciquismo; llegando su atrevimiento hasta el punto de reducir á prisión á las personas más influyentes de la localidad, las cuales en pleno día fueron llevadas con gran alarde de fuerza, á la cárcel, confundiéndolas con el más atroz de los criminales.

Baltasar unió su protesta á la de todos

los antequeranos, pero aquellas autoridades consiguieron su objeto, rompiendo con la opinión, y mancillando la dignidad de un pueblo.

Hallándose en Julio de 1872, en Málaga, un poco alejado de las luchas políticas, consagraba sus energías á la literatura; en el número correspondiente al 16 de Agosto del mismo año, del diario de aquella capital titulado «El Correo de Andalucía» se publicaba la siguiente gaceta:

«Nuestro amigo el distinguido poeta antequerano don Baltasar Martínez Duran, de quien hemos insertado algunos trabajos en el «Correo», trata de publicar en breve tres obras tituladas respectivamente «Cartas de un loco», «Una mujer ó el album de un amor» y «Algo de Irene».

La primera obra se dividirá en tres partes; cartas á una musa, cartas á una mujer y cartas á un ángel. La segunda es un poema completamente original y aún raro, y la tercera es una narración

de sueños que puede considerarse como reminiscencia de las precedentes publicaciones.

Por hoy nada más decimos; en su día las personas inteligentes juzgarán el mérito de los libros citados, que de seguro serán un nuevo triunfo para su autor, dadas las excelentes dotes que reúne el señor Martínez Dúran.»

«La Revista de Córdoba» publicación literaria de gran mérito que en 1872 veía la luz pública en aquella capital, daba preferencia en sus inserciones á los trabajos de nuestro poeta.

El vértigo, que la proclamación de la República produjo en el pueblo de Antequera, tuvo consecuencias funestísimas; más de un contrario á esta forma de gobierno, vió desaparecer su casa, destruida por las llamas, y algunos fueron sacrificados por aquellas turbes que en su locura, destruían el elegante templo de San Francisco, salvando solo esta imagen, que fué trasladada, al de los Remedios, á los gritos de ¡mueran los frailes! ¡viva nuestro padre San Fran-

cisco sirviendo de antorchas á tan inesperada procesión, el fogonazo de las descargas que hacían aquellos incendiadores que entendían por república, la igualdad absoluta en todos los aspectos de la vida, huelga decir, que Antequera se quedó desierta, ante aquellas escenas de terror; todas las personas buscaban asilo en que se respetaran sus derechos; Baltasar aunque alejado de la política activa, marchó á Loja en evitación de molestias que pudieran originársele, y en aquella pintoresca ciudad de los «infiernos» en la que se publicaba una revista literaria titulada «La Palma de Loja», consagró todas sus energías á las letras, siendo colaborador de dicha revista. Los paisajes de Loja, volvieron á despertar en su espíritu la afición á la pintura á la que desde niño tuvo grande veneración, gusto que siempre adormecía por el culto de la literatura.

Algunos meses después, en Junio de 1873, se trasladó á nuestra Granada, donde le esperaba mayor sufrimiento: la muerte de su joven hermana, que si hi-

zo vibrar las cuerdas de su lira con la inspiración del sentimiento, llevó á su alma tristezas y melancolías que reflejaba en sus producciones.

Por iniciativa de varios amigos que conocían los sufrimientos de su alma y con el fin de distraerlo, lo alentaron á publicar «El Genil», semanario de literatura que dirigía Baltasar, cuyo primer número apareció el 5 de Octubre de 1873, terminando su publicación en Granada el 28 de Marzo de 1874, para continuarla en Madrid el Sr. Plaza que había adquirido la propiedad de dicho periódico. Los periódicos de esta capital, entre ellos «La Lealtad», «El Independiente», «La Revista del Liceo» y «La Alhambra», dedicaron laudatorias frases á su nuevo compañero en la prensa, así también «La Lira española» «El Fanal» y «El Trovador» de Madrid y el Ateneo Lorquino.

A la fecunda inspiración de Baltasar no bastaban las columnas de su periódico, colaborando al mismo tiempo en «La Lealtad», «La Alhambra» y la «Revista del Liceo».

Cuando, como un destello de luz que se apaga, el genio poético guanadino, que iluminó tan brillante inteligencia, quiso renacer del caos materialista que nos abruma, se formaron en esta capital varias sociedades literarias, en que se alentaba la juventud al sentimiento de la belleza. La titulada «Bretón de los Herreros» que estuvo establecida en los salones del olvidado templo de San Felipe, verificó su sesión inaugural el 3 de Febrero de 1874, en la que cosecharon, artistas y poetas, justos aplausos. Baltasar comenzó la sesión, leyendo una hermosa poesía, dedicada á un célebre escritor con cuyo nombre se honraba la sociedad, rayando el entusiasmo de los espectadores y socios hasta el delirio, concediendo á Martínez Dúran el honor de socio de mérito, aquella misma noche y así lo confirmaba, por unanimidad, la junta de Gobierno, comunicándoselo ésta con 9 del mismo mes. Algunos días después, el domingo 15 de Marzo, tenía lugar el primer concierto que celebraba «La Sociedad de Cuartetos clásicos», es-

tablecida en el ex-convento de Santo Domingo, armonizando las ideas religiosas con el arte musical. Distinguidos poetas—decía el programa—se han ofrecido espontáneamente, para ayudar á tan bello pensamiento.

No olvidaremos nunca la magnífica poesía de Baltasar, sobre la Lamentación 1.^a de la feria sexta «in Parasceve», que fué estrepitosamente aplaudida.

El 19 de Marzo, en el teatro Principal tenía lugar una función extraordinaria á beneficio de los heridos en la campaña del Norte en la que tomaron parte los jóvenes de la sociedad «Las Delicias» y a la que se invitaron á todos los escritores para que con la lectura de sus trabajos cooperasen á su mejor éxito.

Baltasar concurrió á ella por el humanitario objeto que se proponía, leyendo una poesía dedicada al noble acto que allí se realizaba, la que mereció el aplauso y la admiración de cuantos lo escucharon.

Incansable Baltasar en su inspiración y sus energías, se presentaba de nuevo

el 22 del mismo mes en el segundo concierto sacro, celebrado por «La sociedad de Cuartetos Clásicos» leyendo una magistral poesía sobre el sétimo dolor, (sepultura de Jesús); recuerdo aquel acto, el auditorio estaba identificado con la sonora voz de nuestro gran poeta, y todos con la expresión espontánea que produce la admiración al genio, aplaudían aquella hermosa creación de su talento.

Nuestro Liceo Literario y artístico, cumpliendo sus religiosas tradiciones, anunció para el 31 de Marzo de 1874, su concierto sacro, todos los aficionados á las Bellas Artes que componían la sociedad, tomaron parte en él, sus poetas contribuyeron á la fiesta obteniendo mercedísimos aplausos; Baltasar agregaba uno más á los que había obtenido en aquellos días; el Liceo que al contarle en su sociedad tenía un genio más que le diera esplendor en las letras, le otorgó el título de socio de mérito, siendo desde entonces colaborador de la Revista que este centro publicaba; en esta;

relatando D. Aureliano Ruiz la sesión, decía: «una poesía del Sr. D. Baltasar Martínez Dúran, titulada Miserere, de gran entonación y profundo pensamiento, muy bien leída por su autor y grandemente aplaudida por todos.

El jueves 23 del mismo mes, conmemoración del 259 aniversario del gran prosista Cervantes, tuvo lugar en el teatro Principal una brillante función en memoria y respeto del ilustre escritor, coronándose su busto y leyéndose poesías; siendo la más aplaudida la que Baltasar leyó en su honor, consiguiendo un justo triunfo más de su fecunda inspiración y un merecido aplauso á su talento.

En el beneficio de la simpática tiple señorita Maldonado, se leyeron tres composiciones poéticas; los aplausos se tributaron en justicia, pero tal impresión produjo en el público la última que era de Baltasar, que los autores fueron llamados á la escena.

Algunos meses después, viajaba por Madrid y Córdoba queriendo arrebatarse al sentimiento que en su alma, dejó

una pasión; volviendo de nuevo á su Granada en los primeros días de Enero de 1875, donde pensaba organizar algunas de sus poesías y publicarlas; así se lo escribía á su buen amigo Angel López de Tejada, en carta que tengo á la vista y en la que sigue diciendo.—«Más adelante, pienso escribir una obra, que te dedicaré, con el título de "Sueños y viajes".»

En el concierto que se verificó el domingo 7 de Marzo de aquel año, en casa del inteligente presbítero D. Nicolás Morales, quien llevado de la afición á la música, no perdonaba medio de reunir en su morada la flor y nata de los maestros y aficionados; Baltasar leyó una excelente composición religiosa titulada «Las Siete Palabras», que fué muy celebrada. Invitada por el Excmo. Ayuntamiento y la empresa del teatro Principal, la sección de Ciencias y Literatura del Liceo para solemnizar el acto de la restitución á su sepulcro de los restos del Gran Capitán, leyendo poesías en la función extraordinaria que había de te-

ner lugar el lunes 7 de Junio de 1875, Baltasar concurrió á leer la suya, en que corrían pareja la inspiración y el amor á nuestras glorias pasadas; concluido el primer acto de la ópera «Hernani», cuando el dulce eco de la sonora voz, que poseía la notable artista señora de Baillou, vibraba aún en el elegante salón del coliseo, se comenzó la lectura de poesías, la tercera, era de Baltasar, la cuarta de Aureliano Ruiz, el público que friamente escuchó las anteriores, estas dos últimas las ovó con religioso silencio y las aplaudió con frenesí.

«La Lealtad» comenzó á publicar semblanzas de los poetas granadinos y haciendo alusión al carácter apasionado de Baltasar, decía:

Por mejor enamorar
quiso una vez imprimir
una tierna circular
que no llegó á repartir.
Hizo bien; y vo su gusto,
alabo sin reticencia
porque se presta á un disgusto
esa falta de conciencia.

Escribiendo á toda pluma
es Hércules ó Sansón,
¡Qué robusta inspiración!
Es un gran poeta, en suma.

No todo en la vida son placeres, tras la risa, el llanto; la alegría y el sufrimiento son irreparables, si hoy gozamos la dicha mañana tenemos el sentimiento; Martínez Dúran que solo consagrado á las letras, recibía esos aplausos desinteresados, conque la opinión pública premia al mérito, no esperaba que allá en las regiones de la política restauradora, de la actual monarquía, compaginaba, el ministro de la Gobernación, D. Francisco Romero Robledo, el Real Decreto de 29 de Junio de 1875 por cuyo artículo 3.º se imponía la prescripción á todos los que habían figurado en comités ó juntas tradicionalistas, en cuyo caso estaba comprendido nuestro biografiado.

Verdaderamente este destierro debió ser una contrariedad grandísima al hombre que nació para ser poeta, para sentir y amar, y tanto más cuando, enamorado de una linda inglesa que accidental-

mente se encontraba en Granada, iba á contraer matrimonio, así lo consignaba «La Lealtad» el 18 de Julio de aquel año.

El 3 de Agosto, se le comunicaba por el Gobierno civil la orden de destierro, para Estella, la que fué modificada, trasladándolo á Italia. El 16 de Setiembre, salía Baltasar para el extranjero y el 13 de Octubre, fijaba su residencia en París, esa Babilonia de la moda y los placeres que solo había de llevar á su espíritu la nostalgia de la patria.

Al comenzar el año de 1876 visitó á Londres volviendo de nuevo á París, que dejó en la primavera para disfrutar de los inimitables panoramas zuizos, Lausana y Ginebra, imprimían en su ánimo, esas bellas concepciones que aquellos paisajes agrestes impresionan; cuando en aquel delicioso clima, se sintieron los primeros fríos que le comunican sus montañas al morir Agosto, continuó su ruta por Italia, Nápoles la ciudad del Vesubio, agradó á nuestro desterrado; el que escribiendo á su amigo Angel L. Fejada desde aquella ciudad le decía:

«Heme aquí, Angel, que he venido á colocar mi corazón frente á frente del Vesubio, ¡los dos volcanes! Otro día te hablaré de Nápoles que es la ciudad más bella y más ruidosa del mundo: después de Londres y París las más populosas de Europa, puede parecer bulliciosa aún después de haber visto esas capitales.» Los sufrimientos, las pasiones de amor y las contrariedades que soportaba en el alejamiento de la patria se indican muy someramente en el siguiente párrafo de otra carta fecha 3 de Octubre del mismo año que dirigía al Sr. Tejada, único de sus amigos que nos ha facilitado su correspondencia para que de ella hiciéramos algunas notas, dice así:

«Recibo las cartas que de Austria te han mandado para mí, misterio del alma, como dijo el célebre Moreto. No has leído, queridísimo Angel, estoy seguro, una novela semejante á mi vida. Hoy hace un año que dejé la España, quizás para siempre, y la historia de ese año podría ocupar algunos volúmenes. Un día hablaremos, yo lo espero, y tu com-

prenderás que mi historia es más interesante que una novela, que mi vida es más inverosímil que un cuento.»

Algunos días después de esta carta, contemplaba las lagunas de Venecia. En Milán se detuvo más tiempo, consagrado al estudio; desde allí escribía estas frases que copio por la realidad que enseñan:

«De todas las profesiones—decía—la más inútil para la sociedad, que la ocupa al mismo tiempo que para el individuo que la ejerce es la profesión de poeta. Ser poeta es derrochar una fortuna; ó lo que es lo mismo perder el tiempo: en una palabra ser poeta es arruinarse.

Otros os dirán en estilo declamatorio que es gastar un tesoro de sentimientos, de ilusiones, de sueños, para conquistar un nombre que es casi siempre sinónimo de la miseria; una gloria que es casi siempre motivo de la envidia; una corona de laurel cuyas hojas serán espinas que se clavarán en vuestra frente. Llorad por el mundo y que el mundo se ría de vuestras lágrimas.»

¡Cuanta amargura hay en esas palabras en que algún escritor querrá ver á nuestro poeta contaminado con el gran filósofo ginebrino! ¡Que influencia podría tener Milán para llevar más grandes tristezas á su alma! no he podido comprobarlo; Baltasar que siempre tenía el convencimiento que había de morir muy joven, porque sentía sin duda que su sensibilidad lo precipitaba á la muerte, así lo escribía desde aquella ciudad: «cuán cara me ha costado la poesía—decía—la poesía eso que los editores compran tan barato y los aficionados pagan tan poco, qué caro les cuesta á algunos. —Tiempo hace que tengo el presentimiento de la muerte: sé que moriré pronto y me declaro víctima de la poesía: morir exhalando un sollozo poético: he aquí lo ideal que cuesta la vida. Morir joven en un exceso de sensibilidad que produce la muerte, después de haber escrito una elegía como Millevoje ó de haber compuesto un wals como Weber; pero morir... esto es abominable: morir á los treinta años, edad en que según se

dice ya no se tienen ilusiones pero en que se tiene alma! morir entre las tinieblas del pasado y del porvenir, entre una sombra que se oscurece y un alba que apenas se aclara; entre un recuerdo confuso y una esperanza apenas... he aquí el fruto de la poesía.» De Milán marchó á Génova y en los primeros días del año de 1877 discurría por Roma paseando su soñadora inspiración entre las ruinas del mundo antiguo y las teorías de las sociedades modernas. Algún tiempo después, enfermo en Marsella tuvo que regresar á su querida España en busca de la salud que los climas extranjeros le habían quebrantado.

Ya en su Granada, lentamente restableciéndose de aquella dolencia, envió algunas poesías á «Los Ecos del Guadalquivir», revista literaria que se publicaba en Ronda: pero curado de su enfermedad abandonó de nuevo á España á fines de 1877 para visitar la Exposición de París.

De vuelta á Granada y consagrado á las musas parafraseaba en el concierto

sacro celebrado por el Liceo de esta ciudad la noche del viernes 12 de Abril de 1878 en el que se ejecutó El Salmo L de David, cuya música, del inmortal maestro Vicente Palacios, entusiasmó el auditorio aquella noche. En el intermedio de cada número Baltasar Martínez Durán, leyó el «Parafrasis» del versículo correspondiente á cada uno, cuyo conjunto es el de una obra escrita expresamente para el objeto de esta sesión.

Recuerdo que el salón del ex-convento de Santo Domingo estaba completamente lleno, la luz de los brillantes, era pálida al fuego de los ojos de las hermosas granadinas; la función anunciada tardaba en empezar y aquel elegante público, que siempre sabía lo puntual que en sus invitaciones era la sociedad, se inquietaba, Baltasar, había de principiar la sesión, y no parecía ¿qué podría determinar aquel retraso? se preguntaba la junta directiva: es que Baltasar no habiendo tenido tiempo para ultimar su trabajo lo hacía rápidamente en casa de su amigo D. José González Sevilla que le servía de

amanuense; á las nueve y media se presentó en el palco escénico, los inspirados conceptos de su bella poesía disiparon la mala impresión, los grandes aplausos probaron el más lisonjero éxito. En el número correspondiente al 16 de Abril, del diario «La Lealtad», haciéndose la crítica se decía con respecto á la poesía de Baltasar:

«Describir el conjunto de esta bella composición poética, sería empresa superior á nuestras débiles fuerzas; pero ya que no la crítica razonada de la obra, de la que había de resultar un triunfo para el inspirado poeta, consignaremos nuestra franca y sincera admiración á la belleza de la composición.

»En ella dominan, unción religiosa, pensamientos profundos y filosóficos, bella forma, elegante y castizo lenguaje y elevados conceptos, que hacen de las «parafrasis» del Sr. Martínez Dúran, una acabada obra poética, según nuestro humilde criterio. Grandes aplausos tributáronle todos al poeta: aplausos á los que nosotros unimos los nuestros.»

El 14 de Julio cuando el Liceo celebraba el sexto lustro de su existencia, en solemne sesión pública, Baltasar, inspirado como siempre, leyó una bien escrita poesía, como todas las suyas, que el público elogió y aplaudió.

Nunca Baltasar fué aficionado á concurrir á certámenes, conocía bastante el corazón humano, y si bien en las lides de la inteligencia muchas veces se premia el talento y el saber, también es verdad que en muchísimos casos se posterga para dar la palma de la victoria al que tiene más influencia, de aquí el aforismo de nuestra época: «si tienes protector escalarás los puestos que quiera, sinó, el saber poco te vale»; pero apesar de esa repulsión que nuestro poeta sentía hacia los certámenes, el ropaje con que se convocó el 25 de Mayo de 1878 los juegos florales de Antequera por el Excmo. Ayuntamiento de aquella ciudad, hizo que entusiasmaran á D. Angel L. de Tejada predilecto amigo de Baltasar, y él que á fuerzas de ruegos lo convenció para que concurriera al primer

tema que se convocaba cuyo asunto era «Dios» y cuya recompensa un pensamiento de oro y esmalte; el certamen fué reñidísimo, según nos afirmó uno de los escritores que tomaron parte, pero el jurado comprendiendo que cuando el hombre se eleva al puesto de juez solo debe mirar la justicia y que es cobarde y la sociedad debe escupirle á la cara al que tira al lodo su dignidad de juez para oír los compromisos del caciquismo, el jurado de Antequera, dando muestras de cordura y sensatez, imparcial en su acto obró en justicia y la prueba de nuestro aserto son los trabajos premiados.

Llegó el día 23 de Agosto, en que se había de verificar la adjudicación de premios en las casas Consistoriales, unían á su elegante y majestuosa arquitectura esos adornos que en las grandes solemnidades constituyen el último toque del atavío, las elegantes antequeranas daban mayor realce al acto con su proverbial belleza, la sesión comenzó entre las galas de la naturaleza y las fascinadoras miradas de aquellas hermosas mujeres; con

armoniosa entonación leyó Baltasar su oda á Dios, los aplausos y las muestras de aprobación eran mayor triunfo que el que otorga el jurado y el jurado en aquellas mismas manifestaciones de la voluntad obtenía á la vez la sanción de su acto, recuerdo de esto que hablando con D. Francisco J. Gozávez poco tiempo antes que la muerte nos privara de tan leal amigo, me decía, estaba en la sesión, cuando Baltasar se levantó á leer no lo conocía, no creía que aquel hombre en cuya fisonomía se veían las huellas del sufrimiento, era un talento tan grande, me cautivó su genio, su trabajo era por sí bastante para llevar su nombre á la posteridad desde entonces me hice su amigo recordando mis aficiones literarias y le profesé ese cariño que nos inspiran los grandes hombres.

«El Fenix», diario malagueño, publicó tan hermosa poesía.

La empresa del Teatro Principal, deseando rendir un homenaje de admiración y cariño á Eugenio Sellés, por sus éxitos conseguidos en la representación

del «Nudo Gordiano», rogó á los poetas de Granada contribuyeran con la lectura de poesías á solemnizar la representación que había de verificarse la noche del 25 de Noviembre de 1878; á la galante invitación de la empresa concurren tres escritores, uno de ellos Baltasar que tuvo ocasión de oír nuevos aplausos conquistados por sus inimitables versos; dedicado á sus aficiones estaba siempre estudiando porque como él nos dijo—«yo no podía soportar mi soledad y la llené de libros; he aquí el origen de mi consagración al estudio» al hablar de libros recuerdo una quintilla suya, muy oportuna, contra el vicio de pedir libros prestados, dice así:

«Perdón: mi musa discreta
esta inscripción aquí graba
que es una verdad concreta;
ni un sultán cede una esclava
ni presta un libro un poeta.»

Cuyos versos pensaba grabar en la puerta de su biblioteca.

Por esta fecha figuró como colaborador del diario «El Universal» y la revis-

ta literaria titulada «Granada».

Vuelto á su Granada, por la que tantas predilecciones tenía, en Febrero de 1879, después de un corto viaje por Marsella; la sección de literatura del Liceo, lo invitó á que hiciera en verso el resumen de las siete palabras pronunciadas por Nuestro Señor en la Cruz; cuyo trabajo había de ser leído en la función bíblica que tuvo lugar el viernes de Dolores de aquel año. La lectura de aquella poesía proporcionó á Baltasar uno de esos triunfos sinceros y espontáneos conque la opinión pública por cima de caciquismos y componendas reconoce el mérito.

Por entonces Baltasar, con las tristezas que las ingratitudes habían llevado á su alma, y presintiendo su muerte, dedicaba sus trabajos á coleccionar sus odas y preparar la publicación de algunas poesías.

En el número correspondiente al 30 de Julio de aquel año «El Comercio de Córdoba» encontramos la siguiente gaceti-
lla:

«Ayer nos favoreció con una visita el inspirado poeta granadino señor D. Baltasar Martínez Dúran, de cuya llegada á Córdoba hemos dado cuenta, y á petición de algunos otros de Córdoba, reunidos casualmente en nuestra redacción, se sirvió leer sus brillantes odas «Dios» y «La Inmaculada Concepción». Ambos trabajos revelan un poeta de primer orden en el Sr. Martínez Dúran, en el que no se sabe qué admirar más, si la erudición de que hace gala ó la elevación de conceptos y la belleza de las imágenes; habiendo recibido por ello los más entusiastas plácemes de cuantos tuvieron el gusto de escucharle.»

A más de colaborar en dicho periódico, por esta fecha, lo menciona como tal, «La Revista Cordobesa» y hemos visto bastante trabajos suyos insertos en «La Época» diario de Madrid, y en «El 79» semanario literario de Antequera.

En los primeros días de Diciembre de 1879 leemos en «La Lealtad» que procedente de Madrid llegaba á esta ciudad.

Hace años visitaba el viejo Albaicín, cuando no había pensado ni en ser escritor, y menos acometer la empresa de ser el primero que removiendo glorias patrias escribiera un folleto sobre una de las mayores figuras de nuestras letras, el acaso me hizo detenerme en pintoresco carmen que conserva hermosos detalles de la civilización arábica, penetré en él, con el permiso de tres jóvenes, que en sus voluptuosos ojos y atrevidas formas, hacían soñar en los privilegios de los ricos hijos del profeta: paseé por el precioso jardín y grandemente llamó mi atención una lápida en fondo blanco y con caracteres azules que decía así:

Este rosal
se plantó el día
10 de Diciembre de 1879
á la memoria
del eminente poeta
Baltasar M. Dúran
Recuerdo
de amistad sincera.

Pregunté quien era el propietario de aquel precioso recreo y me manifestaron que pertenecía á D. Antonio Joaquín Afán de Ribera; entonces comprendí; que el popular escritor de costumbres granadinas, grande amigo de Baltasar, y á quien profesaba verdadero cariño le había consagrado aquel indeleble recuerdo de fiel amistad, en el lugar en que discurriendo con los chistes del ingenio y en el que tantos ratos agradables pasó nuestro poeta (Afán de Rivera, en forma suelta é inimitable tiene escrita las tradiciones del viejo barrio). Baltasar dedicó á su amigo del alma D. Antonio una lindísima poesía en la que refiriéndose á la lápida decía:

En medio de una línea de rosales
Pródiga la amistad con mano franca
planta un rosal á la memoria mía;
y coloca una lápida

Al vagabundo trovador es ese
recuerdo fiel que la amistad consagra:
no secárase nunca si pudiera
regarlo con mis lágrimas.

Algunos años después el joven poeta D. Angel del Arco Molinero, publicaba un artículo en «El Popular» titulado «Una tarde en el Albaicín», cuyo trabajo fué traducido y publicado en la «Revue Britanique». En él—decía—«Ya en el huerto de las tres Estrellas, fué nuestro primer cuidado visitar la tradicional gorieta donde escribió alguno de sus magníficos versos el inolvidable Baltasar Martínez Dúran, allí están para eterno recuerdo de aquellas horas de exparcimiento literario, el rosal plantado á su memoria y la famosa lápida que el Sr. Afan de Rivera dedicó al malogrado poeta.»

Los jóvenes poetas Francisco L. Hidalgo y Angel del Arco improvisaron aquella tarde lindísimas poesías. El Sr. del Arco decía en la suya:

Aquí sus versos sin par
Martínez Dúran leyó;
aquí supieron hallar
inspiración singular
genios que el tiempo borra



Bajo el frondoso emparrado
de la glorieta sombría,
tienen su albergue ignorado
por el ciprés coronado
los genios de la poesía.

En la reciente publicación del señor Afín de Ribera titulada «Del Veleta á Sierra Elvira» se recuerdan en el cuadro llamado «En la glorieta» los nombres de aque los inseparables amigos y particularmente de su amigo del alma, de Baltasar, el prologista de sus hermosas tradiciones «Las noches del Albaicín»

En Junio de 1880, comenzó á quebrantarse su salud tan rápidamente que tuvo que venir á Granada donde se mejoró mucho contribuyendo á ello la cariñosa acogida de sus amigos; entonces publicó en «La Lealtad» la magnífica poesía cuyo nombre es «Dos encuentros» que llamó grandemente la atención de los literatos y de la que se han hecho varias imitaciones.

El día 31 de Julio de 1880, tuvo lugar en el Liceo, el primer concierto en los

jardines. «La Lealtad» haciendo la revista de tan agradable velada decía:

«El tablado de la orquesta convirtiéndose en tribuna y á ruego de la junta de gobierno de la sociedad de muchos concurrentes, nuestro amigo, el inspirado poeta granadino D. Baltasar Martínez Dúran, recitó desde aquella una poesía cómica titulada «La jamona», ingeniosa y chispeante composición que ya habíamos aplaudido y que fué escuchada con agrado, excitando maliciosas sonrisas más de una vez, y siendo muy aplaudida por todos.»

Los periódicos literarios que en aquellos meses se publicaban en esta capital, con los nombres de «El Album literario» «El Gas» y «El Mensajero Andaluz» reprodujeron aquella poesía y algunas otras de nuestro biografiado.

Dedicado exclusivamente en Madrid en los comienzos de 1881, á preparar alguna de sus poesías, dió á la imprenta un volumen bajo el título de Poesías, con el sub-título de «Nocturnos, Delirium, Elegías, Spleen, Scherzos Humo-

risticore del que nos ocuparemos en las notas bibliográficas.

Escribiendo á su amigo Angel L. de Tejada sobre las contrariedades de la vida, — le decía — «Ya recordarás haber visto alguna vez una cucaña en que un hombre ha logrado llegar casi á cojer la cola del pavo á costa de esfuerzos inauditos y cuando vá á agarrar las plumas viene á parar al suelo» párrafo que cito por la realidad que en sí tiene.

En «El Telegrama», periódico de Madrid que se publicó en 1881, colaboró Baltasar.

Como él, no había sentido jamás en su corazón, el odio ni la enemistad á los que figuraron en los campos opuestos de la política y si conservaba su amistad; envió á D. Francisco Romero Robledo, un ejemplar del libro de que hago mención con esta dedicatoria:

«Tengo el gusto de remitir á V. un ejemplar de mi primer libro, significando así mis simpatías al hombre ilustre á quien tantos beneficios debe Antequera, pueblo donde me crié; y que ha profe-

sado tan tierno cariño á Ayala y Campoamor, los dos grandes poetas á que mayor veneración he tenido siempre.»

En los primeros días de Agosto, traído por su amor á Granada, pasó una brevísima temporada entre nosotros; recuerdo aquellos días en que con frecuencia reunidos, y en nuestros paseos por la Alhambra, nos recitó alguna de sus últimas poesías, siempre inspiradas y siempre armoniosas, que no podían hacernos ni soñar que aquel hombre en cuyo cerebro vibraba la lozanía de la juventud, tan pronto había de dejar el mundo de los vivos; me figuro verlo en la inauguración de la Exposición de Gas, que instalada por el Director de esta empresa, tuvo lugar el 12 de Septiembre de 1882; era del número de los concurrentes y siempre galante con las bellas, al ser invitado por un amigo para que escribiera un cantar en el abanico de Mlle. Eugenia Letierce, improvisó el siguiente, dedicado á la linda poseedora del objeto:

Ni en la España que es mi tierra,
Ni en tu tierra que es la Francia,

Hay ojos como tus ojos,
Ni gracia como tu gracia.

Por aquellos días nuestro querido amigo D. Antonio Afán de Ribera estaba terminando una notable colección de tradiciones granadinas tituladas «Las noches del Albaicín». Para dicha obra escribió nuestro eminente poeta una erudita introducción que sirve de prólogo á aquella.

Durante su corta estancia en Granada, publicaron trabajos suyos, «La Lealtad»; «El Defensor de Granada», «La Independencia» y el semanario literario «La Familia»; «La Lealtad»—decía,—el 14 de Septiembre de 1882; publicamos el precioso artículo «Noche de luna en la Alhambra» que el inspirado poeta Baltasar Martínez ha escrito expresamente para este periódico. En ese trabajo dá el eximio literato una nueva muestra de los dotes que le han conquistado un lugar preferente en la república de las letras.»

«Martínez Dúran tiene ya un nombre en los círculos literarios de la Corte,

donde sus poesías son justamente estimadas; en la actualidad termina otros trabajos que han de acrecentar su fama, y que sin duda merecerían la más favorable acogida; nuestros modestos plácemes al hijo predilecto de las musas y la expresión de un sincero afecto al amigo cariñoso que nos dispensa la honra de su valiosa colaboración. »

En 16 de Septiembre regresaba á Madrid, si bien para volver muy pronto entre nosotros y estar al lado de su virtuosa madre gravemente enferma.

Restablecida esta señora de su grave dolencia, Baltasar marchó á Madrid para hacer los preparativos de un viaje á Méjico donde en unión de su amigo Angel L. de Tejada, se proponían fundar un periódico; pero sintiéndose enfermo, el día señalado para la marcha, 10 de Diciembre, retardaron su viaje que tenía fatalmente que quedar en proyecto.

En una de esas grandes mejorías, que presentaba su enfermedad, reanimando su espíritu alentó de nuevo sus proyectos de viaje á América

El semanario de Granada titulado «El Gas» publica en su número correspondiente al 15 de Enero de 1883, una anécdota de Baltasar, en ella se relataba su carácter apasionado por la mujer y se refería que una de esas noches en que el almanaque anuncia luna y las nubes velan su pálida luz, y por razones económicas el alumbrado no se enciende, siguiendo á esbelta mujer, en una encrucijada la perdió, pero creyendo que aún seguía sus pasos, iba equivocado, tras de un sacerdote que al ver la persecución con fatigada voz pidió socorro acudiendo varios serenos al sitio en que se reclamaba su auxilio, viéndose nuestro amigo en la necesidad de dar una explicación que tranquilizó al medroso padre.

Escribiendo en «El Defensor» D. Miguel Gutiérrez Jiménez, una serie de epístolas tituladas «cosas de Granada»—decía—en la primera publicada en 2 de Febrero de 1883, con respecto de Baltasar:

Pero ¡ved! canta Dúran, raro tipo germánico-andaluz, tristes baladas, cuyos ecos gloriosos anticipo.

Una recaída de su enfermedad en los primeros días de Abril, puso su vida en gran peligro: á su lado marcharon sus hermanos Manuel y Adoración que no lo abandonaron, hasta acompañarlo á su última morada; la ciencia médica representada en sus aventajados doctores señores Ocaña y D. Antonio Jiménez Verdejo, inseparable amigo que fué de nuestro poeta, había predicho un resultado funesto; la afección al corazón que padecía nuestro amigo era incurable; así fué, el domingo 29 de Abril de 1883 á las primeras horas de la noche dejó de existir Baltasar; colocado su cuerpo vestido con el hábito de San Francisco, pues este deseo tenía manifestado, en una capilla ardiente improvisada por la funeraria en su mismo domicilio, calle de Lagasca número 45 principal derecha, á la tarde siguiente apesar de la fuerte granizada que caía fué su cadáver seguido de sus hermanos y de unos cuantos amigos que no se separaron de él durante su enfermedad, en la que estuvo asistido con el exquisito tacto que saben ha-

cerlo la comunidad de las Siervas de María; conducido al cementerio de la Patriarcal allí reposa su cuerpo en el sarcófago número 36 del patio de San José.

La mayor parte de la prensa española daba la noticia de su muerte lamentando en ella la irreparable pérdida que tenían con tal desgracia los amantes de la literatura patria, los órganos de la bandera política á cuyo servicio puso su pluma, y los periódicos en que había deramado los frutos de su inteligencia le dedicaron algunas frases; un amigo suyo, el sabio sacerdote D. Francisco Jiménez Campaña, le consagró un artículo, al fácil é inspirado poeta y correcto prosista. El Liceo de Granada trataba de rendir un justo homenaje á la memoria de su consocio, así lo decía, en el diario «La Provincia de Granada», en su número correspondiente al 5 de Mayo de 1883, cuyo justo homenaje hace once años que tiene en proyecto «la activa sociedad».

La eternidad nos separa de nuestro

más querido amigo, del predilecto hijo de las musas, del hombre cuya alma era tan grande que cautivaba á cuantos lo conocían.

Desde Guadalajara; escribía el señor Gutiérrez Jiménez á «El Defensor» en 5 de Julio de 1884, en que hablando de Granada —decía:—«Una ciudad de tan hermosas tradiciones, cuna del romance-ró morisco; madre intelectual de tan grandes poetas líricos como Espinosa, Martínez Dúran, Cubillo, Silverio, Fernández y otros.»

Rafael Gago y Paloma, desde las columnas del citado periódico —decía—en Noviembre del mismo año, haciendo la revista de una sesión literaria; «también para mis recuerdos fué anoche día de difuntos, de allá del oscuro rincón del pensamiento donde reposan los fantasmas del ayer, surgieron sombras, ideas, contornos vagos que me recordaron á amigos queridos que ya no viven; á otros que habitan lejos de aquí; rasgos de nuestras costumbres de entonces; los fantasmas, en fin, de todo lo que ya no

es, los recuerdos difuntos si vale la frase.»

«Hace ya años que se representó por vez primera el famoso drama de Zorri-lla en el Liceo. Se echó el resto y la casa por la ventana; se quisieron reverde- cer antiguos laureles de la corona mag- nífica que sirve de remate al hermoso emblema de nuestra celebrada sociedad y el éxito fué digno de ser descrito por una también cortada pluma como la del malogrado Baltasar Martínez Dúran, cu- yo genio, traspasando los umbrales de la tumba irá á grabar su nombre en la pri- mera fila de las glorias literarias.»

Dos años después de su muerte, en 23 de Abril la juventud católica celebrando sesión en honor de Cervantes, rogó por mediación de su junta directiva á un hermano de Baltasar que leyera la her- mosa composición que nuestro poeta de- dicó al autor del «Quijote», los aplausos tributados por aquella reunión de jóve- nes admiradores de cuanto era digno de aplauso reverdecía el laurel de sus glo- rias que no se marchitarán nunca.

En el cabildo del 11 de Septiembre de 1886, el alcalde presidente del excelentísimo Ayuntamiento de esta capital, que lo era entonces D. Mariano de Zayas y Madrid, hizo una patriótica proposición que fué aprobada por unanimidad en la que después de hablar del entonces proyectado monumento á Isabel I—decía—«voy á terminar proponiendo que el Ayuntamiento lleve á cabo un acto de justicia, colocando una lápida conmemorativa en la casa donde nació el Becquer granadino, el malogrado poeta Baltasar Martínez Dúran.»

A la espontánea y justa proposición del alcalde un hermano de nuestro poeta contestó esta carta:

«Señor D. Mariano de Zayas y Madrid, Alcalde presidente del excelentísimo Ayuntamiento de Granada.—Muy señor mío y de mi mayor consideración: Venerada por mí la memoria de mi malogrado hermano Baltasar (Q. G. D.) ha sido grande el contento de mi alma al ver que la corporación que dignamente

preside rindiendo culto á las letras granadinas, acuerda instalar, aceptando su ilustrada iniciativa, una lápida en la casa donde nació mi hermano. Solo la expresión más genuina de gratitud, me impulsa á escribir á V. para mostrarle en nombre de mi familia y en el mío la grata impresión que nos ha producido sus acertadas indicaciones, especialmente la que á mi hermano se refiere.

Ofreciendo á V. la seguridad de mis respetos y agradecimiento me repito suyo aftmo. s. s. q. b. s. m.»

El cambio político verificado pocos días después dió lugar á que se quedara en suspenso aquel acuerdo hasta fecha reciente en que se ha ejecutado, merced á que firmada por los notables escritores granadinos, D. Antonio J. Afán de Ribera, D. Aureliano Ruiz, el R. P. Rector de los Escolapios D. Francisco Jiménez Campaña y D. Francisco Javier Cobos, se presentó una solicitud al Ayuntamiento de esta capital el 23 de Diciembre de 1893 que decía:

«Los que suscriben, vecinos de esta ciudad, á V. S. con el debido respeto exponen: Que habiéndose acordado por la Excm. Corporación que preside, en 11 de Septiembre de 1886 colocar una lápida conmemorativa en la casa, calle Cuarto Real de Santo Domingo número 17, donde nació el inspirado poeta granadino Baltasar Martínez Dúran, y habiendo transcurrido tiempo sin poner á ejecución dicho acuerdo: Suplican á V. S. en nombre de las letras granadinas, se sirva dar las órdenes oportunas para que se lleve á efecto el mencionado acuerdo y al mismo tiempo mandar lleve dicha calle el nombre del poeta, etcétera.»

El envidiable nombre que en las letras tienen conquistado los que firmaron dicha solicitud, era la prueba más palpable de la justa petición que envuelve, la que fué apoyada con breves y oportunas palabras por el concejal Sr. Rodríguez Aguilera y comprendiéndolo así el señor Alcalde presidente mandó colocar la lá-

pida cuya instalación se hizo en 1.º de Mayo y su inscripción es esta:

En esta casa, el día 15 de Septiembre de 1847, nació

BALTASAR MARTÍNEZ DÚRAN

El Excmo. Ayuntamiento de Granada acordó colocar

esta lápida, para perpetuar la memoria de tan inspirado poeta
año 1894.

Allí en elegante lápida de estilo romano, está sobre el negro mármol, grabado el nombre de nuestro inolvidable amigo.

El Liceo de Granada tiene anunciada con motivo de aquel acontecimiento una sesión literaria de la que nos ocuparemos.

Réstanos para concluir las notas biográficas consignar que en Junio de 1890 se hizo por D. Adoración Martínez Dúran, á la biblioteca de esta Universidad, una importante donación de libros, parte de los que componía la biblioteca de

nuestro poeta con la condición de colocar en aquel local su retrato, la fatalidad, hizo que el hábil pintor Sr. Puertollano, encargado de aquella obra, falleciese faltándole pequeños detalles para su terminación, de esperar que el hetmano de Baltasar que en su honor hizo tan valioso desprendimiento concluya su propósito.

En periódicos de diferentes épocas hemos visto poesías dedicadas á Baltasar, cuyos autores por orden cronológico son los Sres. J. Martínez, Mondéjar y Mendoza, Juan Sanmartín López, Antonio Carriín, Trinidad de Rojas, Ramón, Pareja, José Cano, Jiménez Verdejo, Augusto Jerez, Miguel, Gutiérrez, Domingo Arjona, Fernandez Mir, Matilla de la Puente, Ramirez Arellano, Espa Prieto, L. de Tejada, Miguel José Ruiz, Fernandez Ruano, R. P. Jiménez Campaña, y Guillén, posteriormente tienen escritas poesías para la sesión que en su honor proyecta el Liceo, los Sres. Afán de Ribera, Aureliano Ruiz, Hidalgo Ro-

driguez, Jacobo Orellana, Rojas Paradas, y algunos otros en la actualidad preparan las suyas.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Baltasar, dejó al morir cincuenta y cuatro mil versos vigorosos y espléndidos, como dice el ilustrado P. Jiménez Campaña; escritos hasta los treinta y cinco años de su vida, que son prueba sobradas esperanzas, que su genio le hubiera llegado á traspasar la fama del más grande de nuestros poetas.

Entre sus papeles, obran las siguientes notas; en una escrita en los días del destino, tiene la división de dos obras que, ó no llegó á escribir ó no ha sido posible, á su hermano, encontrar los manuscritos, dice así: Italia (memoria de viaje) primera parte: La Venus de

Adriático; segunda parte: Diario de Roma; tercera: Parthénope conclusión.

Paseos ó expediciones diversas. La segunda de las indicadas tiene por título: «Las noches del Sena» y está subdividida en los siguientes capítulos: Introducción, El bosque de Bolonia, Las flores de madame Richard, Los últimos días del terror, La casa de Dantón, Genoveva, La leyenda de la Magdalena, la huella de la commune, El cementerio del Padre Lachaise, La rue de clovis, La sombra de Nuestra Señora, El palacio de Termas, El espectro de las catacumbas; igual suerte han tenido una serie de cuentos que con los títulos de: «Los dos Osos, de la noche de Walpurgis», El fin del mundo, Los sueños á media noche y otros no existían entre sus papeles al pasar estos á manos de su hermano; así como tampoco el original de un poema filosófico cuya división tengo en una nota á la vista.

En cuanto á la división de sus poesías, otras notas, indican esta forma: las odas en dos volúmenes, respecto á estas te-

nemos que las tituladas, Dios, la Concepción, el Cristianismo, A Enrique V, A Irlanda, Miserere y Jerusalém las preparaba para publicarlas con una advertencia que dice así:

«No pudiendo satisfacer las exigencia de mis numerosos amigos que me piden constantemente ejemplares de algunas de mis odas publicadas ó inéditas, por no conservar números de los periódicos donde se insertaron unas y por el trabajo de copiar las otras, generalmente largas, reuno en un cuaderno varias de esas composiciones accediendo á las súplicas de algunas personas de toda mi consideración y sin tiempo alguno para corregirlas las ofrezco al público á quien doy aquí testimonio de gratitud por la benovolencia con que ha acogido siempre mis pobres versos»; las baladas en un volumen, las rimas en otro, tres tomos con los títulos de Poesías Varias, Nuevas Poesías y Poesías cortas, el primero de ellos con la siguiente dedicatoria á don Antonio Jiménez Verdejo:

«Como inteligente médico, á tu soli-

citud y tus cuidados debo, quizás, la salvación de mi vida: como cariñoso amigo, á tu actividad y tus gestiones debo, acaso, la publicación de mis obras: cumpla, pues, un deber de conciencia, dándote este público testimonio de mi agradecimiento.»

Y por último, de los cantares y sonetos, de los epigramas y poesías festivas y de los cantos, de cada serie un volumen, si bien este último subdividido en cantos españoles nacionales y antiguos.

Las obras publicadas de Baltasar, además de un grandísimo número de poesías diseminadas en los periódicos en los que colaboró dice en un erudito artículo el notable escritor D. Angel del Arco y Molinero.

Primero. El castillo de las Pendencias, impresa en Antequera en 1866 fué una de las producciones de Baltasar, sus versos son valientes y armoniosos.

Segundo. La Hermosura, oda impresa, en Madrid en 1868. Este trabajo es un bello poemita oriental; el brío del lenguaje, la valentía de las imágenes y

el conjunto armonioso de toda la composición, nos parece que la clasifican, en este género de poesías poco cultivado, quizás por falta de fuerzas y de condiciones en la mayor parte de los poetas de estos tiempos. La oda de la Hermosura abunda en bellezas de primer orden, escrita á los veinte años, reveladotes no muy vulgares de genio y de verdadera inspiración, en el que más tarde asombró con las producciones de su fantasía.

Tercero. María Patrona de España, canto á la Sma. Virgen, impresa en Antequera en 1869. Es un canto á la Virgen impregnado de sentimiento religioso, es una de sus más correctas é inspiradas composiciones. Las bellezas que lo avaloran son innumerables.

Cuarto. A D. Nicolás Gambin, impresa en Granada en 1877. Es una sentida elegía escrita en cuartetos endecasílabos. Los versos son correctísimos, los pensamientos profundos, las imágenes delicadas.

Quinto. Poesías subdivididas en Noc-

turnos, Delirium, Elegias, Spleen, Scherzos humorísticos, impresas en Madrid en 1882. Tenemos estas poesías por las mejores de nuestro poeta; escritas en el destierro, donde le llevaron sus infortunios, retratan el despecho de que se hallaba invadida su alma falta de las caricias de una madre y de las dulzuras del amor. En los «Nocturnos» llora tristezas que acabaron su vida; en los «Delirios» deja escapar toda la hiel de su pecho; en las «Elegías» lamenta con infinita ternura las penas de una madre que llora la muerte de su hija, el «Spleen» son notas melancólicas escapadas de su lira en aquellas horas de nostalgia y cansancio de la vida, que tan frecuentes debieron ser en su destierro y finalmente en los «Scherzos humorísticos» se ríe de las miserias de la vida y las pone de relieve con inimitable sátira.

1. Sexto. Obras poéticas, impresas en Granada en 1885, colección publicada después de su muerte, que está precedida de un notable prólogo debido al sabio Rector de las escuelas pías en esta

capital, D. Francisco Jiménez Campaña, en él, dice de Dúran:

Es un poeta original y espontáneo; su lira arrastra, cautiva y enaltece al pensamiento, como las odas vehementes de Píndaro y Tiíteo. Como es fácil en la concepción de la idea, es su estilo claro y suelto, sin que por eso el fondo deje de ser profundo. Narra describiendo, describe filosofando, filosofa definiendo, define analizando, y en toda esta manera de discurrir es un río sonoro que va reverdeciendo en su marcha los árboles y las flores de sus riberas. Semejante al sol que, antes de mostrar el rostro tras las crestas de la sierra, va primero esclareciendo la oscuridad de la noche con la suave luz de la aurora, y luego va pintando de grana las nubes, de esmeralda los bosques y de bruñida plata las fuentes, hasta que asoma del todo la cara y enciende y despierta con su fuego desde el insecto que zumba en la grama hasta el águila que deja las rocas y levanta el vuelo hacia él enamorado de su hermosura: de la propia manera nuestro poeta,

al hacer la manifestación de sus sublimes pensamientos, vá primero ilustrando la inteligencia y preparando los ánimos, y levantando nuestro corazón como por grados con circunstancias adecuadas, hasta que muestra de lleno la faz luminosa de la idea y hace prorrumpir en gritos de admiración desde el adolescente que deletrea en la historia hasta el sabio anciano que en la ciencia profundiza. . . .

Dúran, además de ser poeta en demasía, no andaba menguado en ilustración... y como su erudición no era aprendida en el momento del apuro para salir, como el grajo de la fábula, adornado con plumas ajenas, de aquí la fuerza y el nervio que sus conocimientos en Historia, en las Letras, en la Geografía ó en las Artes daban á sus composiciones. Era también nuestro poeta profundo conocedor de este mar sin fondo y sin orillas que se llama corazón humano, y como tantas veces había naufragado en sus borrascas, son de ver las máximas y los consejos que fluyen de sus versos, y cómo sabe llamar con su nombre propio al

amor que ciega, á las ilusiones que nos engañan y á los placeres que enloquecen nuestro entendimiento y lo hacen esclavo de la concupiscencia.

¡Lástima que las hermosas producciones de Baltasar encuentren grandes dificultades para su publicación, que tenga privado á las letras patrias de obras de tan gran valía!



ARTÍCULOS BIBLIOGRÁFICOS

Bajo el epígrafe de «Un cuadro poético» publicaba «El Mundo Político» diario madrileño, en su número del 30 de Octubre de 1881, el siguiente artículo:

«Mi amigo Baltasar M. Dúran es andaluz y poeta. Sabe y siente, pero vale su inspiración más que su arte. Yo no diré que es un genio, hoy que los genios abundan tanto como los versificadores; pero es un poeta que tiene carácter, personalidad, independencia. No es mero copista ni vulgar imitador, ni secuaz inconsciente y servil de Campoamor, ni de Bécquer, ni de Leopardi, ni de Heine; toma de ellos el espíritu, el aroma y les

vierte y convierte en otros, al derramarlos en su propio vaso.

Prepara un libro, que será original y bueno como suyo. Acaso no lo revelará entero, pero revelará algo de su carácter poético. El III de sus nocturnos es una escena muda, cuadro pintado de noche, á la luz de la luna, en los torcidos canales de Venecia, donde vivió algunos meses el poeta. El mérito principal de esta acuarela es el color local, incomparable. Lo apreciará algún viajero que haya visto de noche deslizarse las góndolas por las lagunas de la itálica ciudad.»

El articulista copiaba la bellísima composición á que se refiere.

Algunos días después, el 20 de Noviembre aparecía en el mismo periódico un nuevo artículo juzgando otro de los nocturnos de nuestro poeta.

En 18 de Junio de 1882, el diario de esta ciudad titulado «La Lealtad» publicó el siguiente artículo con el título de «Los Espectros» debido á la pluma de D. Miguel Gutiérrez Jiménez, el que decía:

«Así podíamos titular un precioso libro de poesías que acabamos de recibir, original del insigne poeta granadino don Baltasar Martínez Dúran. Es un desfile interminable de espectros, dóciles á los conjuros de una imaginación poderosa

El autor de las «Poesías», editadas en Madrid, con el subtítulo de «Nocturnos, Delirium, Elegias, Spleen, Scherzos humorísticos,» no es un autor desconocido en el Liceo ni en los salones y centros literarios de Granada. En todos ellos, pocos años há, dió valiosas muestras de su numen poético. Entonces, admiramos la exhuberancia de su fantasía y la entonación de sus versos. Nos pareció selva frondosísima, cuyos árboles no han sentido los efectos del arado ni del hacha.

Creemos notar en las nuevas producciones de nuestro amigo más orden y menos pompa, lozanía sin vicio y economía sin mezquindad. Los viajes del poeta por Italia y Francia, su estancia en la Corte y la reflexión y el estudio han

encausado, sin duda, el torrente caudaloso de su inspiración.

Con cualquiera de sus «Nocturnos» hubiera hecho Zorrilla una leyenda de seis ú ocho capítulos. El II, en que se pasa de las alegrías de un baile á los horrores de la muerte, es un poema entero. No lo es menos el XVIII en que Satanás, tras las cortinas de un lecho, se ríe de la seducción de una inocente niña. Y á este paso, fácil nos sería citar otros ejemplos, tales como el XXXVIII, cita de dos esqueletos, que significa tal vez la existencia del amor de ultratumba ó la continuación de los afectos de esta vida más allá del sepulcro; el XXVII y el XXXV, en que parece ha querido sorprender el poeta los más íntimos secretos de la naturaleza; y el XLII, que para los lectores meticulosos representará una temeraria defensa de ciertas desventuradas mujeres cuando en realidad no es otra cosa que el símbolo de la redención cristiana.

Consta el libro del Sr. Durán, según queda indicado, de cinco partes, siendo

la 1.^a los Nocturnos, acaso la más original y característica de todas.

El «Buen fin» es un poema que se compone de varias poesías: cada una tiene existencia independiente y todas juntas forman un sistema admirablemente trabado. No es una imitación de Enrique Heine, el cual tomó para sus poemas «La Nueva primavera», el «Regreso» y el «Intermedio» un mero accidente del amor, mientras que Düran toma aquel sentimiento con anterioridad á la creación del hombre y le sigue y le desenvuelve hasta la consumación del juicio final. Formando una graduación de escenas y de accidentes que comprenden los cuadros más entonados de la vida sensual y los más levantados y vaporosos del idealismo. Concisión, energía, imaginación resplandecen en la breve poesía que dice así:

«Los dolores son terribles agonías:
por no sufrir este dolor que siento,
si supieras que aún muerto me amarías,
me muriera una vez cada momento.»

«Contrasta con la anterior, por su delicadeza y ternura, la siguiente:

Ya se van huyendo
nuestras golondrinas:
¡las que nunca se van ni me dejan
son las penas mías!»

«De las elegías, no siendo posible citar las mejores, citaremos la más breve:

«Tristes adelfas,
altos cipreses,
tiernos rosales,
sauces dolientes,
si vuestras ramas
el viento mece,
si de su tumba
cerca se mueven,
no hagáis ruido
por si ella os siente,
callaos un momento
porque ella duerme!»

Así apostrofa la cariñosa madre á la naturaleza ante la tumba de su hija. El

amor lleva sus afanes y ternezas más allá de esta vida.

El «Spleen» es una colección de poesías que cumplidamente justifican su título. El humorismo que se derrama por todo el libro, toma en esta parte un carácter más acentuadamente amargo. Como todos los estados del alma tienen su poesía, la tiene también la enfermedad. No es una manifestación del pesimismo, porque la fé, aunque no la fé de las «beatas», late bajo el aparente excepticismo de algunas de las poesías que estudiamos. Ni es tampoco en medio del naturalismo encantador de muchas de ellas, un homenaje á la moda literaria: pocos libros son tan idealistas bajo su ropaje tan parecido al diáfano del realismo actual. Copiamos el número IV, en obsequio á la brevedad, que nos impone la estrechez del espacio de que disponemos.

«Dime, nicho vacío,
que tan oscuro estás,
dime, ¿á quién en tu seno,

¿A quién enterrarán?
¿Si será alguna niña
de gracia singular?
¿Si será algún anciano?
Dí, ¿quién te ocupará?
¿Será la virgen bella
que ayer se desposó?
¿Será el feliz soldado
que hoy vuelve vencedor?
¿Será aquel sacerdote
que hablaba de perdón?
¿Será mi amada acaso?...
¡Acaso seré yo!...»

«A pesar de su brevedad y sencillez, nos parece esta poesía una de las más serias, originales y sentidas de la colección.»

«Los «Scherzos humorísticos» son pequeñas sátiras, que no tienen en nuestra humilde opinión, el valor de los nocturnos ó de las elegías. Esto parece reconocer el autor. Si hemos de juzgar por el título. La fantasía del poeta juega también en esta parte del libro, haciendo danzar á los maestros de escuelas, á los

políticos, á los avaros y otros personajes muchos de la época actual.»

«La introducción en prosa que acompaña á este libro, escrita con gracejo, agudez y verdadero humorismo, nos atrevemos á calificar de retrato fotográfico de su autor. Tan subjetiva es, como diría un estético. Y concluimos recomendando esta obra del Sr. Dúran, seguros de que saborearán sus lectores innumerables bellezas contenidas en brevísimo espacio. El tomo, correcta y elegantemente impreso, es, además de sus condiciones internas, tan barato que parece un regalo del editor al público. Por primera vez en España se edita con tan exquisito gusto y tan rara economía.»

Con el título de «Las osamentas» publicó «El Defensor de Granada» en su número del 19 de Junio de 1882 el siguiente artículo:

Así dice Baltasar M. Dúran que debía titularse su libro de poesías, publicado en Madrid. Es una de las pocas obras que reúnen la belleza y la baratura. Pa-

rece una colección de osamentas: todos los esqueletos habidos y por haber danzan en fantástica ronda, al compás de rimas armoniosísimas. Abusa el poeta granadino de su dominio sobre los espectros, pero no se crea que estos séres fatídicos voltean en círculos eternos, causando terror en el ánimo de nuestros lectores: por el contrario, son personajes simpáticos amables, que nos arrancan una sonrisa de placer.

En un prólogo notable justifica el autor su afición á los lugares fúnebres: y por cierto que es un admirable artículo lleno de umorismo. El autor se retrata de cuerpo entero: no necesita que pongan su fotografía al frente de la obra.

La dote más sobresaliente de nuestro amigo en esta colección de poesías es la originalidad. Sabe á cerveza alemana, tiene á ratos el modo de escribir de Heine pero esto no le hace perder su carácter. Cuando Becquer apareció con sus rimas en el mundo literario, se creyó, y aún se cree, que era un hongo solitario en el campo de las letras españolas. Los

críticos no vieron sus relaciones con Alemania. Nadie está solo, aunque lo parezca: todos son, como diría Castelar, eslabones de la cadena universal de los seres.

Lo mismo decimos del poeta Dúran. Es original hasta donde puede serlo. La influencia de ciertos grandes poetas es evidente en el nuestro; pero se los ha asimilado perfectamente, infundiendo su sangre más pura en sus venas. Nos consta, por la fecha de su publicación que es anterior á la poesía de Selgas «La cuna vacía» una de Dúran sobre la muerte de un niño:

«Andaba ya el niño
Risueño y gracioso
Era nuestro encanto;
Pero ¡ay! que de pronto,
Cuando andar le vieron,
Llamándole todos,
Dijeron los ángeles:
Vente con nosotros.»

Esta poesía, lindísimo epitafio, es ori-

ginal sin parecerlo. Los «Nocturnos» son acaso lo más singular del mundo. El «Delirium», antología del amor, series de episodios eslabonados que describen en escala ascendente y descendente los momentos todos de la pasión amorosa, es una galería de cuadros, delicados unos como el rayar de la aurora, fuertes y escendidos otros como las tintas rojas del crepúsculo de la tarde. Desde los presentimientos más vagos hasta el crugir de los huesos en la tumba, la fantasía poética, todo lo recorre en su camino. Hé aquí alguna muestra de estos delirios:

Si recorriendo el buque nos dormimos
Bajo el verde ramaje de algún árbol,
Al encontrarnos cerca,
Yo con los tuyos juntaré mis lábios.

Si unidos nuestros cuerpos arrebatá
Atravesando el mar la misma ola,
Al encontrarnos cerca,
Yo con la tuya juntaré mi boca.

Cuando la muerte nos sorprenda un día,

Tal vez porque pretende separarnos,
Si nos entierran juntos
Yo con las tuyas cruzaré mis manos.

Y si acaso en la noche de la muerte
Nuestros cuerpos se mueven en la tumba,
Yo inclinaré mi cuerpo
Para juntar mi boca con la tuya.

Las «Elegías» no son lo que con este nombre se conoce vulgarmente en las poéticas, una larga tirada de versos generalmente endecasílabos, de tercetos artísticamente redondeados y encadenados. Son ternezas y lamentos verdaderamente sentidos: nada de afectación ni de culteranismo.

He aquí la siguiente elegía:

No deis perfumes, flores;
No entoneis cantos, aves;
Cuando pierde una hija
¿Que consuelo tendrá la pobre madre?

Entonces solo tiene
Lágrimas y sollozos;

Que ha de tener la madre.
¿Qué en un momento lo ha perdido todo

Mas si á mezclarse llegan
Perfumes á las lágrimas,
Cantos á los sollozos,
Aún será más horrible su desgracia.

¡Qué extraño libro el de «Spleen»! Es
un vaso rebosante de amargura. El hu-
morismo de los «Nocturnos» y del «De-
lirium» llega á su colmo y se tiñe de ne-
gros colores. Se encuentran aquí escenas
raras, que, siendo hijas legítimas de la
realidad, simulan productos extravagantes
de la fantasía.

En los «Scherzos» toma el látigo de la
sátira, pero no cruge también como
bien suenan las cuerdas de la lira grana-
dina cuando canta ternezas ideales. ¿Se-
rá que Dúran no es tan acre como tierno?

Selgas era cantor suave de las flores y
manejaba la fusta epigramática. ¿Por
qué nuestro poeta no ha de tener una y
otra cuerda en su cítara? Lo que ha ocu-
rrido sin duda es que ha dejado á medio

hacer sus sátiras: al llamarles fragmentos ó pedazos, indica que no ha acabado de pulir estos mármoles. Merece, sin embargo, leerse de cabo á rabo esta parte del libro, como todas las restantes.

Una fisonomía particular presentan las poesías del Sr. Dúran: el espíritu popular que la informa. Dote recomendable siempre y más hoy que la Demología entra en la corriente general, habiéndose constituido en Madrid una Academia nacional de letras populares, y en algunas capitales, academias regionales y locales. En Granada, aún no se ha intentado nada en este sentido: pero si el Liceo despierta de su letargo, esperamos que la sociedad provincial de letras populares, se constituirá sin demora ni tardanza. Dúran, sin copiar ni imitar las coplas vulgares, ha dado carácter popular á sus versos.

Y otra cosa más: su estilo no reviste la magnificencia exhuberante de otros días: ha alcanzado una sobriedad y una concisión dignas de admiración, porque representan un verdadero contraste con

la pompa de antaño. Cualquiera de sus Nocturnos puede desleírse en una novela. Cada número del «Delirium» en un poema.

En una palabra, el libro de Dúran es de los pocos buenos que salen á luz en esta época de malos versificadores y de poeta de agua chirle. Honra al vate granadino y á las letras de esta escuela, que desde Espinosa hasta Martínez de la Rosa y Burgos, ha producido frutos tan ópimos.»

En los números correspondientes á los días 18 y 19 de Agosto de 1882 publicó «La Independencia» diario de esta ciudad, el siguiente artículo, titulado «Danza macabra» del ilustrado escritor don Miguel Gutiérrez Jiménez:

He cogido un libro, lo he leído de rabo á cabo, ó sea desde el título hasta el índice final, he saboreado deliciosas poesías con el afán de un sediento, he gozado... y, sin embargo, me duele la cabeza.

Hay en esta colección de versos algo que hace daño como los perfumes del

heliotropo: son tan penetrantes que fatigan al que los aspira. El exceso de aromas, de colores y de alcohol es cualidad de las frutas nacidas en los trópicos. ¿Quién ha traído de esos climas estas pommas que embriagan?

El pié de imprenta dice «Madrid». El nombre del poeta y el color de su obra me recuerdan á Granada. El Liceo ha aplaudido el númen poético que se encierra en estas hojas. La Alhambra ha visto en sus alamedas, acaso en pos de una Zulema bautizada, al autor de estos cantares. Yo lo he encontrado en un tranvía de la corte yendo al «hotel» donde habita su musa, tan andaluza como alemana. Mas de un periódico ha copiado estas rimas:

Estaba yo dormido
Y me dijo el amor: «Yo seré el ave
Que labrará tu nido;
Yo seré el aura que te arrulle suave.

Yo seré luna llena
Que tus plácidas noches ilumine;

Yo seré la sirena
Que con su dulce canto te fascine.

Yo seré el transparente
Tranquilo mar donde tu esquife bogue;
Yo seré la serpiente
Que se enrosque á tu cuello y que te ahogue!
[gue!]

Estos y otros versos repetidos en multitud de revistas han vulgarizado el nombre del joven escritor que siente de ese modo.

No es, pues, desconocido el poeta que habla tan elocuentemente. ¿Pero siendo, como es, granadino, tiene los caracteres que distinguen á la escuela literaria granadina, diferente de la sevillana, como esta de la cordobesa? Grilo no es un poeta de grandes méritos: bardo de salón, sus versos sonoros y floridos apenas logran crédito fuera de los círculos perfumados por el aliento de las damas; pero Grilo es cordodés. Será, indudablemente un átomo entre los grandes escritores que se llaman Séneca, Lucano, Góngora.



ra; pero la vana pompa, el ahuecamiento de las formas que representan, separados por muchos siglos, el filósofo cordobés, el autor de la Fasalía y el cantor de las Soledades, esas cualidades, más ó menos achicadas, se encuentran en esta hoja suelta de la rama cordobesa, la más llena de hojarasca de todas las andaluzas. El vate granadino, cuyas poesías nos producen cierto mareo indefinible, no pertenece á la verdadera escuela granadina. Es un poeta independiente. Vale más que Grilo, pero no es fiel como este amigo suyo al carácter literario de su patria.

Completamente extraño á ella no puede considerarse tampoco, si bien se repara en los colores meridionales de su fantasía. El rayo de nuestro sol resplandece en esta composición:

Estábamos los dos una mañana
Bajo los olmos del jardín sentados:
Coronaba un turbante de oro y grana
La cima de los montes apartados.

Iba á salir el sol: en la arboleda
Se prolongaba la canción del día...

Dá alguna vez la tierra a los que hospeda
Una fiesta de luz y de armonía.

Llevaba los perfumes é babilónica
Que de todas las flores se exhalaban;
Y callendo las aguas de la fuente,

Una canción eterna murmuraban;
Entonando sus himnos matinales,

Las alondras volando rebullían;
Y cerca de nosotros los rosales

Sus grupos de capullos entreabrían;
Siempre vienen a cantar la primavera

Algún epitalamio misterioso,
Como si el mundo celebrar quisiera

Las bodas de dos almas, vanidoso...
Por coger una flor nos inclinamos;

Más, sin saber ninguno lo que hacía,
Nos encontramos cerca y nos besamos.

El sol en el oriente aparecía.

Ella bajó los ojos silenciosa,
Miróme luego y en aquel instante,

Como una nube de color de rosa,
Cubrió el pudor, de pronto, su semblante.

Los codos apoyando en sus rodillas,
Entre sus manos ocultó la frente...
Y á dar llegó otro beso, en sus mejillas,
El primer rayo de luz naciente.

Yo sintiendo, tal vez avergonzado,
De una existencia nueva el embeleso,
Del jardín me alejé medio turbado
Murmurando al salir: ¡lo que hace un beso!

Pero fuera de esos destellos de un cielo cargado de resplandores, el aroma de este libro, ya se ha dicho, es extraño y exótico.

En «El Genil», revista que se publicaba hace algunos años, se leían versos tan hiperbólicos como estos:

Anda, ¡oh sol! que la mano soberana
En su infinita inmensidad te envuelve;
La tierra espera tu esplendor mañana:
Mientras gigante en tu poder diverso
Miras rodar como átomos los mundos,
Llenando con tu luz otro universo.
Anda, ¡oh sol! que el aliento que me inspira
Cantára tu magnífico desmayo,

Si yo tuviera el huracán por lira,
Viendo arder la creación en ese rayo.

En este libro hay poesías tan sóbrias
como la presente:

Duerme Roma: Tiberio está despierto;
Temor extraño descansar le veda,
Y en rico lecho de marfil y seda
Se retuerce de púrpura cubierto.

Y de Belén junto á la loma, en tanto,
De un viejo establo en el humilde asilo,
Lleno de tierno amor se ve tranquilo,
Entre un buey y una mula un grupo santo

Allí el niño Jesús, desnudo, hermoso,
De su madre en la falda se sonríe,
Y San José mirándolo se engríe,
La cabeza inclinando silencioso.

Y de la buena nueva sabedores
Por un ángel, de júbilo corriendo,
Sus sencillos presentes conduciendo,
Al portal van llegando los pastores.

Y allá, muy lejos con afán creciente
Una estrella siguiendo solitarios,
Cabalgando en sus grandes dromedarios
Vienen los reyes magos del Oriente.

¡Cuadro inmenso trazado con cuatro
líneas, y, sin embargo, lleno de verdad
y rico de pormenores!...

¿Cómo pueden ser una y otra poesía
obra de un mismo autor? ¿Qué ha pasa-
do por su lira para que lance armonías
tan desemejantes? Aquel era un árbol de
las selvas americanas, éste era un árbol
de los jardines ingleses. La naturaleza
bravía ha sido domada por el arte. ¡Y
qué arte! Zorrilla, á quien ha publicado
un libro el mismo editor de éste, (Ma-
drid—Eduardo Mengíbar)—lo leyó fres-
ca aún la tinta que sudaba la prensa. Y,
asombrado de la economía y sobriedad
de tantas poesías, no vaciló en decir que
con una de estas de seis ú ocho versos
hubiera él hecho una leyenda como
«Margarita la tornera» ó «A buen juez
mejor testigo».

Ha habido, pues, en nuestro poeta una

transformación. Ha podado el árbol de ramas inútiles y la savia corre con más regularidad y el ramaje se desenvuelve con más elegancia y son más sazonados sus frutos.

Pero—siguiendo la metáfora—ha injertado en él otros análogos, de colores menos chillones y de sabor más excitante. Por aquel cielo resplandeciente de «El Genil», han pasado nubecillas oscuras, llenas de melancolía. Por eso, al ver la legión de fantasmas que atraviesa las páginas de este libro, decíamos que producían algo doloroso, parecido á un mareo.

¿Pero qué poesías son estas capaces de ser llamadas sin impropiedad, «Danza Macabra»? Una colección publicada recientemente en Madrid por el ilustre poeta granadino Baltasar Martínez Duran.

Es un libro que merece leerse despacio.

Y estudiarlo detenidamente.

II

¿Quién no conoce esa poesía fúnebre de la edad media que representa la igualdad cómico-trágica de la muerte? La Danza Macabra es popular en todas las literaturas. Oyese á las doce de la noche, en medio del campo Santo, un mágico sonido que estremece los sepulcros: saltan las losas, se mueven los osarios, las fosas se agitan y entreabren... y un torbellino de esqueletos y fantasmas, poseídos de un delirium tremens, danzan sobre las yerbas del cementerio. Juntos bailan princesas y verdugos, nobles damas y humildes pecheros, ricos y pobres, grandes y pequeños, en una confusión maravillosamente poética y fantástica.

Así acaece con las poesías de Baltasar M. Dúran.

Constan de Nocturnos—Delirium—

Elegías—Spleen—Scherzos humorísticos—Cuatro idiomas en esas palabras: castellano, latín, inglés, italiano. Ya empieza, en los títulos, el vértigo.

Luego empieza al galop fantástico. Como hay abuso de sombras y espectros, el autor en la «Introducción», escrita en tono humorístico, se apresura á confesar su pecado y á disculparse.

El lo dice:—«Reunidas en un sólo volumen, publico hoy todas aquellas colecciones de mis poesías que pudieran muy bien darse á luz con el título de «Las Osamentas».

Héme aquí, pues, como un encargado del Juicio Final, formando mis esqueletos y haciéndoles desfilas acompañados delante del público, ni más ni menos que como si oyeran la marcha fúnebre de «Thalberg».

Lo exótico de este libro está revelado por el autor con loable franqueza en estas líneas:—«Varios poetas alemanes, principalmente Burger, Zedlitz y Enrique Heine, han despertado en mí esta afición por un género de literatura para

el cual, por especiales circunstancias, tenía cierta predisposición desde mis primeros años.»

Fantasia bélico-germánica es, pues, la que se desarrolla en este volumen. Poeta andaluz, bañado en el Rhin, el que anima estos esquelos que se citan en un jardín desierto; estos Caines y Abeles que se perdonan al encontrarse unidos en la tumba; estas hermosas que, por mudarse de casa, se mudan al cementerio: estos huesos que de celos crujen en la tumba; estos amores, en fin, que son piedras, árboles, pájaros, hombres, todo y nada, en interminables metamorfosis...

Empieza la danza:

La noche, que vá extendiéndose
Callada cubre los campos:
Está negra y está fría
Como una losa de mármol.

Parece el monte un gigante
En la niebla rebosado;
Reunión de espectros semeja
El seco bosque lejano.

La ciudad desfallecida
Se entrega muda al descanso,
Y parece que las nubes
Vienen á hacerle un sudario.

Sentado junto á su mesa
Está el poeta luchando
Con los fantasmas, que, tercos,
Le acosan tumultuarios.

En vano el pálido rostro
Cubre con entrambas manos;
En vano se esfuerza inquieto
Por conseguir ahuyentarlos;

Que sin cesar agitándose
Duendes, gnomos, silfos, trasgos,
Dentro están de su cerebro
En ronda extraña girando.

Los «Nocturnos» siguen bailando detrás de esa poesía preliminar, en que una ronda de espíritus sacude el cerebro del poeta. Esta sección del libro es la más original y característica. Por el título recuerdan las del alemán Heine; por su

fondo se parecen á si mismas. Continúa la función espiritista: el lugar es siempre tétrico.

Iba solitario

Iba yo con miedo

Por la angosta senda

Que vá al cementerio.

La tarde caía

Triste y en silencio;

La sombra variaba

Todos los objetos,

Y me parecían,

Confusos al verlos,

Sepulcros las piedras,

Las ramas espectros.

Arboles negruzcos

Y torreones viejos

Tiene la vereda

Que vá al cementerio.

De entre las ruinas

Salió al verme un viejo

Que con voz cascada

Me dijo severo:

«Anda, que ya es tarde,

Que se pasa el tiempo:

Los muertos, de noche

Van á ver los muertos.»

Pero esta fantasía sempiterna ¿es completamente extraña á la realidad? De ningún modo. El inglés de que hablaron los periódicos se había extraviado en un globo, inspiró sin duda la poesía XXX.

Subió en el globo el aeronauta osado,
Al espacio lanzándose atrevido,
Del sol poniente por la luz bañado,
Viendo el mundo á sus piés oscurecido...

Una escena ocurrida en un teatro de Madrid, donde actuaban «fantoques», es, á no dudar, la que se pinta en la XXXVI.

Era una apacible

Noche de verano...

Y así podrían citarse muchas otras.

El «Delirium» es una galería de escenas eróticas. Dúran ha recorrido desde las primeras, vaporosas ilusiones del amor hasta los delirios exaltados de la

pasión; el arco iris de Venus. Por toda esta colección de versos, corre un fluido eléctrico... Hay que leerlos en un sitio despejado y fresco.

Habla el poeta:

Cuando tendido en el mullido lecho
Las horas paso de la ardiente siesta,
Al entreabrir los ojos
Pienso, á lo lejos, verla.

Yo la siento llegar medio dormido;
Se acerca de puntillas, me contempla,
Me echa al cuello los brazos,
Y en los ojos me besa.

Abro entonces los ojos, me incorporo,
La miro ansioso, me aproximo á ella;
La estrecho entre mis brazos
Que al oprimirla tiemblan;

Y uniéndose los labios y las almas
De un beso en la amorosa soñolencia,
Nos quedamos dormidos
Mientras pasa la siesta.

Más cuando, luego al despertar, halla-

[mos

Cerca las bocas, juntas las cabezas,

Se escapa un doble beso

Que el éxtasis renueva.

Y entonces no sabemos, al mirarnos,
Si estamos en el cielo ó en la tierra:

¡Qué delicioso sueño

Del que así se despierta!

En las «Elegías» no hay la afectación de las elegías clásicas, que ocultan esmeradamente el dolor de sus autores. En estas no lloran los ríos, ni las ninfas se desmayan. Lloran las madres, como en este cuadro:

En la triste alcoba

Se sienta la madre,

Mirando la cuna

Donde murió un ángel:

Al verla vacía,

Con sus ojos grandes

De llanto la llena,

Que brota á raudales.

En la triste alcoba
Se sienta la madre;
De un ángulo oscuro
No quiere apartarse:
La luna, que á veces
Entra vacilante,
Junto á aquella cuna
Vé á la pobre madre.

El «Spleen» es originalísimo. Los tres besos de la balada III son un poema. La XIII parece una extravagante fantasía y acaso es un detalle verdadero de un campo-santo. Involuntariamente se recuerdan las coplas populares más sentidas, esto es, la «soleá» gitana, leyendo estos tercetos:

Siento que voy á morirme
Siento que viene la muerte
Y que al verme se sonríe.

Se sonríe de mi pena,
Porque viene de puntillas
Para que yo no la sienta.

Para que yo no me asuste
Por si la siento venir,
Mientras mis recelos duren.

Mientras duren mis recelos,
Y por eso me distrae
Trayéndome tu recuerdo.

Sátiras fragmentarias son los «Scherzos». Aunque no son las poesías mejores la originalidad domina en estos juguetes humorísticos, como su título indica. Reuniendo varios de estos scherzos, resultaría más de una composición satírica verdaderamente juvenalesca. Léase la graciosa y festiva que dice así.

Soñaba yo que en noche venturosa
Me encontraba el Olimpo recorriendo...
La excelsa cumbre contemplé famosa:
Y, su turgente pecho comprimiendo,
A Juno ví formar la láctea vía,
Mientras Hebe risueña, en cupa de oro,
Mostrando de sus gracias el tesoro,
El néctar de los dioses me ofrecía.
Más el sol, penetrando hasta mi lecho,

Viene mis sueños á ahuyentar sencillos,
Y ese celeste encanto al ver desecho,
Sonando su collar de campanillos
Oigo pasar las burras de la leche,
Mientras metido acaso en cocina
Prepara el tabernero de la esquina
El vino con astillas de campeche.

La XXIV viene á justificar el título de nuestros artículos «Danza Macabra». Hasta en las poesías menos serias danzan los espectros y los fantasmas. Aquí los espectros viven muriendo: son los «maestros de escuela»!...

En «El Defensor de Granada» correspondiente al 1.º de Septiembre de 1882, se publicaba un magnífico soneto, debido al inspirado escritor R. P. Jiménez Campaña y dedicado á Baltasar con motivo de la publicación de su libro; decía:

SONETO

Con girones de sombras revestidos;
Del placer embriagándose en la orgía;

Por la ardorosa convulsión impía
De los celos sin tregua estremecidos;
Remedando los rítmicos gemidos
Del trovador que en su querer porfía,
Arrojaste del mundo en la ancha vía
«Esqueletos» sin fin, de amor perdidos.
Y yo, al verlos danzar, abrí las puertas
A mis antiguas ilusiones vivas,
Dentro del pecho, por mi mal, despiertas,
Y á mis querellas de ambición esquivas;
Que también somos sombras fugitivas
Siempre corriendo tras las dichas muertas.

En el diario «La Tribuna» publicó el 8 de Septiembre de 1882, el eminente publicista D. Francisco de Paula Valladar un correcto trabajo sobre el citado libro.

La publicación que con el título de «La Librería» se hace en Madrid, dedicada á la propaganda literaria, decía en su número de Octubre y Noviembre de 1882.

Si nosotros asegurásemos al Sr. Dúran que habíamos leído todas las poesías contenidas en el tomo que ha tenido la atención de dirigirnos, le engañaríamos mi-

serablemente. Cincuenta y tantas obras tenemos apiladas después de la suya, para ir dando cuenta de ellas una á una, y claro es que apenas si podemos permitirnos, en un libro de poesías, el lujo de leerlas todas, siquiera las haya en ellas tan discretas y tan sentidas como los «nocturnos» iv, vii y x; tan francamente humorísticas como los «scherzos» (así los llama el autor) xxx, xxxi y xxxiii; tan conmovedoras como las «elegias» v, vii y xxii, y otras que pudiéramos citar, correspondientes á las partes del libro tituladas «Delirium» y «Splen». Pero si para muestra basta un botón, como dice el adagio, mucho más nos bastarán ochenta ó noventa botones, que será aproximadamente el número de párrafos rimados, con su correspondiente número romano á la cabeza, que en el libro del Sr. Dúran hemos leído.

De la lectura deducimos que el autor pretende imitar á Bécquer y ser otra especie de poeta de las tumbas, siguiendo al autor de las «Cartas desde mi celda» en las extravagancias del pensamiento y

en las extravagancias del metro. Hay poesías, justo es reconocerlo, en que el Sr. Dúran iguala, y aún excede otras del maestro.

Con la firma de E. de la Plaza, hemos leído un artículo elogiando este libro que debió publicarse en el semanario «El Gas».

El semanario «Quevedo» en su número del 7 de Enero de 1885, anunciando la publicación de un nuevo tomo de poesías de Baltasar, precedidas de un prólogo del P. Jiménez Campaña, dirigía frases laudatorias al malogrado poeta granadino.

«La Revista Malacitana» que bajo la dirección del marqués de Premio Real se publicaba en Málaga, insertó el correcto trabajo que sirve de prólogo á el volumen que con el título de «Poesías» vió la luz pública en esta capital en 1885, y dió preferencia á la insertación de algunas composiciones del inspirado Baltasar.

Bajo el título de «Dos Libros» apare-

ció en «El Defensor de Granada» en 20 de Mayo de 1885 un artículo debido á la pluma del Sr. Gutiérrez Jiménez y en el que se retaba al coleccionador del tomo de poesías; que accediendo á indicaciones de antiguos amigos de Baltasar, había publicado su hermano, no tardó éste en contestar; y en el número inmediato del mismo periódico, con el epigrafe de «Una consulta literaria», dió comienzo aquella lucha literaria, en la que no llegó á vislumbrarse cual era el fin del Sr. Gutiérrez, ni la defensa por que abogada lanzando rudos ataques al eminente publicista Sr. Jiménez Campaña y separándose de los moldes de una discusión, á la que D. Luis Seco de Lucena, director propietario de dicho periódico, con la galantería que le es peculiar había puesto las columnas de su diario á disposición de los combatientes. Por desgracia algunos días después la terrible epidemia colérica hacía su presa en nuestra hermosa Granada y la lucha sostenida entre los señores Campaña y Gutiérrez, que no podía seguir por los

derroteros emprendidos tocó á su término, porque aquellos días, no eran de discutir literatura, eran solo de acudir en auxilio de los desgraciados, á tributarles un consuelo y á rogar por ellos á Dios.

El diario madrileño «El Día», ocupándose de esta colección de poesías en su número correspondiente al 14 de Junio de 1885 decía:

«Con un retrato del malogrado poeta granadino se ha publicado el primer tomo de sus hermosas poesías. Precede á estas un prólogo bien escrito del P. Francisco Jiménez Campaña, grande amigo del autor, pero imparcial crítico de sus obras.»

«De las publicadas en la colección citada, por el hermano del poeta, solo diremos que son las mejores, con no ser ninguna mala, de las que aquél escribió.»

«Cuarenta contiene el tomo, suficientes para el renombre de otro cualquiera que hubiera sido tan desgraciado y retraído como el autor, el cual, si no cosechó más que desdichas en su vida, con

la publicación de sus obras ha de alcanzar en muerte merecida gloria.»

Algunos años después en 1891, un improvisado escritor, quizo de nuevo, desde las columnas del «Boletín del Centro Artístico», renacer la discusión emprendida por el Sr. Gutiérrez Jiménez, pero sus vuelos de discutiador se derretieron como las alas de Ycaro.

ARTÍCULOS NECROLÓGICOS

El R. P. Jiménez Campaña, publicó en recuerdo de su malogrado amigo Baltasar, el 29 de Abril de 1884, en «El Defensor de Granada», el bellísimo artículo que copiamos:

«La naturaleza renacía á nueva vida con la llegada de la primavera; libre el arroyo de sus grillos de hielo, cantaba su libertad, riyéndose y saltando como un loco por el valle; el viento cansado de rugir y de encrespar las olas de la mar, buscaba en el fondo de la selva su arpa eolia, para celebrar con enamoradas notas el dulce epitalamio de las flores; las

nubes se rasgaban y desaparecían del horizonte, como si la mano divina concluyera en aquel punto la obra del firmamento, y tuviera voluntad de que fuese admirado por los mortales; la atmósfera olía á rosas, como camarín de desposada y era de escuchar el concierto de las aves y las alegres risotadas de las giras campestres. La vida se sentía bullir por todas partes; menos en el lecho de un pobre moribundo para quien aquellas palpitaciones de la naturaleza eran en extremo nocivas y estímulo para la muerte. La tierra cobraba nueva fuerzas y se vestía de gala; y el triste moribundo sentíase desfallecido y con mano crispada revolvía los lienzos del lecho, como para envolverse en el sudario. La luz del genio, reconcentrándose en sus ojos, resplandecía en sus pupilas; allí ardía la inspiración y se adivinaba en sus miradas al cantor del «Cristianismo», de «Polonia», de «Las Artes», de la «Hermosura».

Nadie ensalzó como él las galas de la primavera y como si esta estación de las

flores quisiera visitarlo agradecida en su última enfermedad, llegóse hasta su lecho de muerte una hermosa mujer, de quien bien pudiera decirse que era la personificación de la más galana de las estaciones. Venía con otros deudos suyos y amigos del poeta á distraer su ánimo de tristes imaginaciones, alentando en su corazón la esperanza de que aún había de recobrar la vida de manos de la muerte. Presentóle la mujer una tabla pintada con toda la maestría con que ella sabe concluir sus cuadros, porque era estremada artista y como la viese el poeta y contemplase la tabla por breve rato, pidió papel y pluma y con mano incierta y genio seguro escribió el soneto siguiente que fué su última composición:

A CECÍLIA.—LA TABLA.

Seco tronco que escueto se levanta
Desnudo de verdor y de ramaje;
Una cierta tristeza en el celaje,
Que tan pronto conmueve como encanta.

Flores, cuya riqueza y gracia es tanta
Que dá vida á aquel lúgubre parage;
Cecilia, en tu lindísimo paisaje
Tal es la muda realidad que espanta.
Tu genio en ésa tabla audaz destella;
Símbolo de esta vida transitoria,
Tan triste escena nuestras vidas sella;
Flores y troncos son ¡ay! nuestra historia;
Y uno tronco abatido, otra flor bella,
Yo espero ya la muerte, tu la gloria.

Tres días después, los vaticinios de
Baltasar Martínez Dúran, que este era el
insigne poeta de mi artículo, se realiza-
ron y entregó su alma cristianamente en
manos del Criador.

Hoy se cumple un año de su muerte
y aún no han cesado sus amigos de llo-
rarle, ni los amantes de la bella literatu-
ra de sentir el vacío, que dejó en la re-
pública de las letras. Reciba, pues, el
amigo y el poeta este triste, pero cariño-
so recuerdo, que dedico á su memoria,
mientras mi espíritu se levanta al cielo
en alas de la oración por el eterno des-
canso de su alma.

La redacción de «La Alhambra» revista que dirigía nuestro querido amigo Valladar publicó en su número del 30 de Abril de 1884, un bellissimo artículo consagrado á Baltasar.

«El Defensor de Granada» en 29 de Abril de 1885 con el título de «Dos aniversarios» recordaba al célebre arabista Dozy y al gran poeta lírico Martínez Dúran.

En «La Alhambra» se publicó en 30 de Mayo de 1885 un hermoso estudio del malogrado poeta debido á la correcta pluma de don Francisco de P. Valladar, el mismo número se ilustraba con el retrato del malogrado hijo de las musas y se insertaban algunos trabajos inéditos.

«La Lealtad» diario de Granada en su número del 29 de Abril de 1886, publicó un trabajo admirablemente escrito por el señor Valladar, que ciertamente le hubiera conquistado un nombre en las letras, si nuestro amigo no gozara ya en aquel entonces de una justa reputación; en el mismo día publicaba «El Defensor

de Granada» en primer fondo un trabajo de Rafael Gago Palomo, escrito con toda la maestría y soltura que sabe hacerlo el autor de «María».

Un año después, en 29 de Abril de 1887, recordando otra vez su memoria, nuestro amigo Valladar, decía en «La Lealtad»:

«Bien dijo Becquer: «¡Qué solos se quedan los muertos!»...

»Allá en triste y solitario cementerio de la villa y corte, reposan los restos del olvidado poeta granadino Baltasar Martínez Dúran.

»La posteridad no le ha hecho aún justicia; pero le ha dejado solo, tan solo, que ante la sepultura no se ha alzado una plegaria desde hace cuatro años, ni una mano cariñosa ha colocado sobre la losa que guarda la mísera tierra que tan hermosa alma envolvió, ni un ramo de modestas flores.

»¡Pobre amigo!... Los que te recordamos siempre; para quienes aún vives

en el esplendente mundo de los recuerdos, estamos lejos de tí...

»El destino ha sido inexorable contigo. Te rodeó en vida de ingratitudes y desengaños; después ha plantado al borde de tu sepulcro el árbol del olvido, que crece sano, cobijándote «amoroso» con sus ramas, siempre lozanas, y todo el año cargadas de frescas hojas.

»Ni se ha roto el misterio que envolvió siempre á la mujer que te hizo su esclavo cuando eras aún niño; aquella que te hizo exclamar en la «Oda á la Virgen» (1870):

.
«más al llegar en mi delirio un día
buscando el corazón á esa criatura
tan amada y tan bella por mi daño,
hallé, en vez de mujer, una escultura,
que cinceló á mi vista el desengaño;»

la que esperas en la tumba, para que repose junto á tí y que tal vez, ni siquiera recuerda que fué el ídolo ante cuyo altar depositaste tu corazón y juraste con-

sagrarle los hermosos frutos de tu preclara inteligencia...

»Y esa mujer vive lejos de ti, tal vez sea el encanto de un hogar feliz y tranquilo...

»Respecto de la sociedad donde vivías aún te señala como un extravagante, como un loco, como la realización del ideal que esta época de mercantilismo y de asquerosas realidades, ha forjado para dar á conocer el carácter del poeta; ave extraña en el país en que la «pornografía» ha escalado el sagrado templo de las artes, y rasgando las pudorosas vestiduras en que se envolvían la Poesía, la Música y la Pintura, las ha lanzado desnudas, presas del delirio que la embriaguez de los goces sensuales produce, en brazos del Realismo, dios y señor de las artes contemporáneas y en torno de quien se agitan lascivas, alegres y satisfechas las «musas» de estos tiempos; las «bellas artes» encanto de las «demimondaines» y de los caballeros de la moderna «chulería»...

»Muy pocos son los que te recordamos; pero en Granada se va á rendir culto á tu memoria, colocando en la casa donde naciste una lápida que revele á las generaciones que fuiste granadino, y que hay quien se enorgullezca de ello.

»De este modo, si ante la tumba en que reposas, hace hoy cuatro años, no se dirigen otras plegarias que las de los pobres pajarillos que con sus cantos embellecen hasta las tristes mansiones de lo que no existe, los que siempre te profesaron verdadera amistad y entusiasta admiración, podrán descubrirse respetuosamente ante tu nombre grabado en letras de oro.»

En el mismo día publicaban artículos dedicados á la memoria de Baltasar Martínez Dúran, en «El Defensor de Granada» Ignacio Legaza Herrera, y en «La Política» José Arturo Poggio.

El conocido escritor, Angel del Arco y Molinero insertó un estudio crítico acerca de Baltasar, en el diario «El Popular» el 29 de Abril de 1891.

En la revista Hispano-Mauritánica titulada «La Estrella de Occidente» en su número del 15 de Julio de 1891 publicó un romance, el joven é inspirado poeta Francisco Luis Hidalgo que ya ha sabido conquistarse un lugar preferente entre los escritores granadinos y es una esperanza de nuestras futuras glorias literarias; no podemos resistir el deseo de transcribirlo:

Cual murmullo de arroyuelo,
como arrullo de la brisa
que roza con leve giro
las pálidas sensitivas;
como el grito de los mares
que batallan y se agitan
yendo á deponer sus ímpetus
ante las rocas erguidas;
cual suspiro melancólico
que da el alma dolorida,
si le abaten los pesares
y el duelo la martiriza,
son Baltasar los acordes
que brotaron de tu lira.

Dulces, suaves, espléndidas,
ya vibrantes, ya sentidas,
recuerdo de otras edades
son tus galanas poesías.

Destellos de tu alto espíritu
que á otros mundos encamina
sus pasos huyendo raudó

del bullicio de la vida;

ecos del roce estridente

de esqueleto que se agita

en la huesa funeraria

convirtiéndose en ceniza;

efluvios de un cementerio

do la muerte reina fría,

silbidos de viento ronco

que entre tumbas se desliza,

destrenzando los cipreses

que ante su empuje se inclinan...

Tu alma grande, soñadora

voló en desdichado día

á esos etéreos espacios

do las estrellas titilan;

más si tu nombre borrose

del gran libro de la vida,

y tu cuerpo bajo el mármol

de un sepulcro se cobija,

tus hermosas concepciones,
tus vibrantes armonías,
desgarrando del olvido
las tinieblas fugitivas,
en la memoria del mundo
siempre vivirán escritas.

EN HONOR DEL POETA

«La sección de Literatura del Liceo, de esta capital, organiza una velada literaria para conmemorar el XI aniversario de la muerte del gran poeta granadino Baltasar Martínez Dúran, en la que se leerán poesías dedicadas al malogrado vate y un discurso necrológico debido á la castiza pluma del notable escritor don Antonio J. Afán de Ribera.»

Esto decían los periódicos granadinos en Abril de 1894; pero el Liceo, que en el último resplandor de su vida literaria tejió merecidas coronas que ciñeron la frente de Zorrilla, que en los días de esplendor literario, reunió en su seno á los genios de la poesía, hoy se amanaera,

como decrépito anciano, para echarse en brazos de todas esas corrientes modernas que adormecen los sentimientos del alma, para despertar las pasiones, y ser arrastrados por esas avalanchas materialistas, que niegan hasta la poesía de la naturaleza.

¿Qué fué de aquel Liceo, en que riñeron noble combate los literatos granadinos, los que fijaron su nombre en el templo de la fama?

Hoy le dejan aislado los que tuvieron un día el orgullo de ser sus socios ya que no ha sabido cumplir sus compromisos ni con la sociedad, ni con el público de Granada: esta verdad la proclaman los últimos festejos del Corpus.

Varias de aquellas poesías dedicadas al malogrado poeta y que habían de leerse en la proyectada velada literaria, tengo á la vista y no puedo sustraerme á insertarlas á continuación: todas ellas son hermosas, todas ellas esparcen el dulce aroma de los más nobles sentimientos del hombre.

EN LA APOTEOSIS DEL INSPIRADO
POETA BALTASAR MARTÍNEZ
DURAN.

Gratos recuerdos de su memoria
conserva intensos el alma mía:
ellos compendian la breve historia
de sus ensueños y su poesía.

Aguila altiva de ricas alas,
en el espacio tendió su vuelo,
rizó sus plumas, lució sus galas,
y en raudos giros llegó hasta el cielo.

Y allí en la eterna región ignota,
junto á los rayos del sol ardiente,
depuso humilde su lira rota,
y una corona ciñó su frente.

El alto aprecio por fin proclama
hoy, mi Granada, de su renombre;

y en letras de oro fija su fama,
y en duro mármol graba su nombre.

.
.

Todo se borra de la memoria:
el tiempo instable todo lo trunca:
murió el poeta; pero su gloria
no muere nunca!

AURELIANO RUIZ.

Á LA MEMORIA DEL POETA INSIG-
NE BALTASAR MARTÍNEZ DU-
RAN.

Hoy no es día de cantar
sinó solo de sentir,
que no puedo coordinar
mis deseos de llorar
con mis ganas de escribir.

ANTONIO J. AFÁN DE RIBERA.

À MI QUERIDO AMIGO EL INOL-
VIDABLE POETA GRANADINO
DON BALTASAR MARTÍNEZ DÚ-
RAN.

En el cielo de la historia
de esta ciudad renombrada
luce una estrella de gloria;
un genio cuya memoria
siempre será celebrada.

—

La muerte con mano impía
segó el venero fecundo
de inspiración y armonía;
del cantor que describía
con bello lenguaje al mundo;
y desde el númen profano
hasta la grandeza suma
de Dios, el Rey Soberano,
cultivó el vate cristiano
con rica y galana pluma.

—

Aquí, vió la luz primera,
y pulsó su arpa de oro,
divina, imperecedera,
elevándose á la esfera
de su talento y decoro.

Y yo que pude escuchar
en vida, el sublime acento
de mi amigo Baltasar;
y hoy canto por recordar
su justo merecimiento;
agrego una humilde flor
al laurel de la corona
del inmortal trovador,
que dióle á su patria honor
y ella en su recuerdo abona.

Pues en el vate laureado;
el histórico Liceo
que su genio ha coronado,
por su nombre celebrado
guarda un brillante trofeo.

FRANCISCO DE ROJAS Y PARADA.

Á LA MEMORIA DE MI ESTIMADO
AMIGO EL EGREGIO POETA
DON BALTASAR MARTÍNEZ DÚ-
RAN.

(Imitación de Reina)

TE POESÍA ÉPICA.

El ritmo es de los fieros aquilones,
el crudo rebramar de las batallas,
el gigante concierto de los mares,
las plutónicas luchas subterráneas,
el abrupto chocar de las corrientes
de altísima y violenta catarata;
el rumor imponente de las trombas
que tragarse los mares amenazan,
el estruendo y fragor horrisonantes
de cien tormentas que en furor estallan.
Es titánico aliento de los héroes,
que, aborto horrible de siniestras fábulas,
cabe hirvientes montañas el Olimpo
con su planta salvaje lo escalaran.
Son retumbante de las trompas épicas
de Belona en las bélicas demandas,

la lucha ingente, temeraria y ruda
 que á Marte brinda la terrible Palas.
 O el grito es que Virgilio dió en la Eneida,
 ó la cólera homérica en la Iliada,
 con que Aquiles furioso en sangre escribe
 rotas, las glorias de la Troya esclava.
 El bravo acento, el español coraje
 con que Ercilla cantó en las apartadas
 zonas, do vibran de su ardiente lira
 las desdichas y glorias «araucanas».
 O es el llanto divino del gran Míltón
 que á la culpa primera derramara,
 y en conceptos dulcísimos, brillantes
 dió un Paraíso en sus preciosas lágrimas.
 Es, por último, el eco de tu nombre
 que resuena en las trompas de la fama.

TU POESÍA LÍRICA

Es el eco ardoroso de la orgía,
 el crujir de las galas y preseas,
 el galante trovar de los garzones
 de antiguas zambras, nobiliarias fiestas;
 el himno de los bravos paladines,
 simulando en torneos la pelea;
 de las «ondinas» el melífluo coro
 cuando rizan su líquida melena.

La barcarola rítmica y suave
 que entonan perezosas las «nereidas»,
 adurmiéndose en dúcidos arrullos
 en cánoas de marfil, coral y perlas.
 El concierto armonioso y sorprendente
 que el poeta soñó en falaz sirena,
 el canto del placer y los amores
 del regalado edén de las «pimpleas».
 Del dulce Apolo los acentos líricos,
 parando ríos y amansando fieras;
 del triste Orfeo las eternas lágrimas,
 la inconsolable y eternal querella.
 De Píndaro brioso los acordes
 las grandezas cantando de la Grecia;
 de la Rosa, Gallegos y Quintana
 el himno eterno de la gloria Ibero.
 De Campoamor los cantos populares,
 la risa venenosa de Villergas,
 de Bretón y Palacios la ironía,
 de la Fuente las críticas y fiestas,
 de Zorrilla y Ayala eco sublime,
 y diré, Baltasar, con tosca lengua,
 que tú llenas el libro de la Fama,
 son tus cantos en él fúlgidas perlas;
 que refugio en tí halló el genio potente
 y su lira al morir... te dió Espronceda.

TU POESÍA ERÓTICA

Es el rumor del beso apasionado
 dulce delirio de la amante trova:
 de las aves armónicos poemas
 cantando amores en las verdes frondas.
 El nústico lenguaje de las brisas,
 diciendo amores á las gayas rosas,
 de las auras saludos melodiosos
 de Abril risueño al despertar la «aurora».
 Quizá de Venus el coloquio tierno
 si en reclamo á Cupido habla celosa;
 triste clamor de la pasión doliente,
 con que busca su amor la viuda tórtola.
 De la fuente y el lago el murmurio
 con que amantes sus ninfas se provocan,
 y los céfiros llévanlo en sus alas
 con los secretos de las muertas olas.
 Es el ¡ay! delicado de los éúros
 en la noche callada y silenciosa,
 con que arrullan las sílfides gentiles
 en los misterios de tranquilas horas.
 Es el bemol del músico divino,
 ángel tal vez de la enramada hojosa,
 del ruiñeñor; el querubín terrestre,
 cantor de Dios y sus divinas obras.

Los besos de los silfos á las flores,
 columpiando sus lánguidas corolas;
 la endecha apasionada, sollozante
 que celosa entonó amante pastora.
 El dulce lamentar de Garcilaso
 cuando Salicio y Hemoroso lloran;
 el balar de la tierna corderilla
 con que á Filis Melendes enamora.
 Quizá es remedo tu cantar sublime
 de inconsolable y eternal dolora,
 con que de Lesbos la cantora augusta
 llamó á Faón con divinal congoja.
 O es, en fin, de tu fama la armonía
 con que el Parnaso tu renombre loa.

JACOBO ORELLANA ESPEJO.

Siento que mi poco criterio no sea suficiente para juzgar á Baltasar y haber hecho un estudio de sus obras; dejo esta árdua tarea para persona más entendida y más experimentada; mi único objeto ha sido recopilar datos acerca de él y rendirle un tributo de admiración.

Al terminar este trabajo tengo el gusto de participarle á los amigos de Balta-

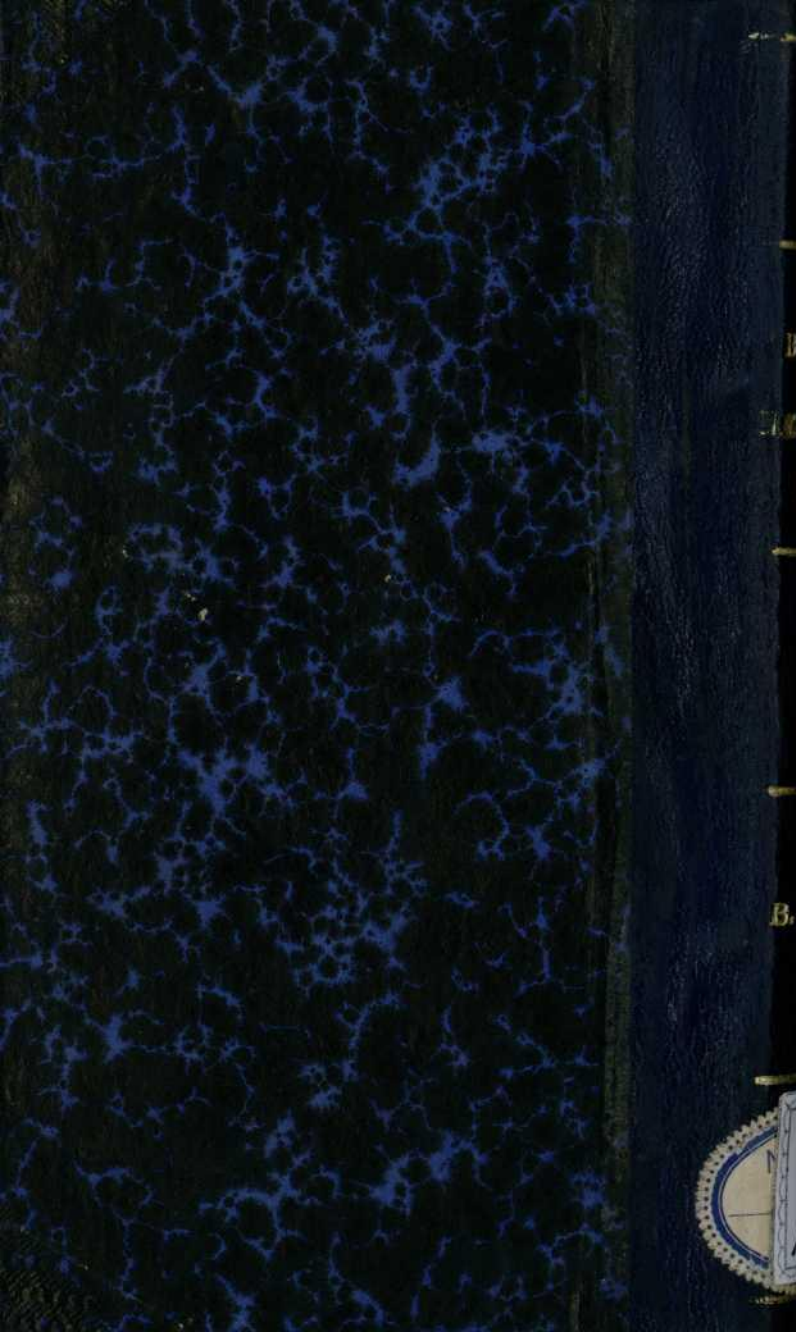
sar, que la ilustre escritora francesa, que esconde su nombre bajo el conocido pseudónimo de «Max Deleyne», está escribiendo un estudio literario sobre Martínez Dúran, Heine y Musset; este estudio verá la luz pública en la «Revue Britannique» y será traducido á nuestro idioma por el hermano del poeta, D. Adoración.

Tarde ó temprano, se rinde culto al talento del malogrado vate granadino.

FIN







FÖSSÄT

MALTAŠI

MAHTIŠE

DÛRAN

B. D. C.

B
9
155